ANGIE GARCIA



zafiro

Angie García López

Buscando novio sin morir en el intento

— oOo —
© Angie García Lopez, 2011
© Editorial Planeta, S. A., 2011
Sello Zafiro
ISBN: 978-84-08-10839-9
— oOo —

Buscando Novio Sin Morir En El Intento

Me llamo Lola, tengo treinta y tres años y vivo en Barcelona. Dicen que el amor no se busca, sino que se encuentra o, ¿es la suerte la que no se busca? Sea lo que sea, estoy cansada de estar en el mercado de la soltería y he decidido que voy a hacer algo al respecto: me lo voy a currar.

Mañana iré a visitar una agencia matrimonial. No digo que me vaya a apuntar. De momento sólo es por curiosidad, preguntar precios y conocer cómo funciona. También había pensado en apuntarme a una de esas páginas de contactos de internet como Match.com, Meetic, Badoo o cualquier otra. Pero en un tema tan serio como encontrar a tu media naranja, prefiero tratar con profesionales cara a cara.

El caso es que he salido con bastantes chicos aunque no he considerado seria ninguna de esas relaciones. Unos meses y... adiós. Unas veces los he dejado yo y otras me han dejado ellos. Y cuando me pregunto si habría seguido con alguno de los que me dejaron, la respuesta es siempre sí. Pero también sé que no hubiese funcionado porque ninguno de ellos me convenía. O bebían demasiado, o se drogaban demasiado. Incluso hubo algunos que

hacían demasiado las dos cosas. Está claro que necesito asesoramiento profesional.

Durante la tarde, en Zara, la tienda de ropa en la que trabajo, Ana, mi compañera, y yo hemos estado en el almacén ordenando un poco y como es de mi absoluta confianza, he aprovechado para contarle lo de la agencia matrimonial.

- —Pero ¿te vas a apuntar? —pregunta Ana sin poner ninguna cara rara.
 - —No, no. Sólo voy a ver cómo funciona.
- —Es un poco extraño, ¿no? Eso de buscar hombres por medio de una agencia. Al menos para mí lo sería, yo soy más de bares. Bueno, lo era antes de casarme, claro.
- —Ya, lo sé. Pero ¿qué pasa cuando estás cansada de ir a bares y a discotecas para ligar? Llevo desde los dieciséis años haciéndolo y ya estoy hasta las narices, la verdad.

Ana coge un montón de vestidos y los lanza sobre unas cajas.

- —Además, no quiero conocer a un tío de discotecas —continúo
 —: No pienso pasarme cada fin de semana en una de ellas. Ahora estoy en otra etapa.
 - —¿La etapa de «no sé adónde ir»? —replicó Ana.
- —Sí, en esa misma. ¿Adónde va la gente de nuestra edad? Esa que no está casada y ni tiene niños.
 - —No tengo idea. Búscalo en Google.
- —Ya lo he hecho y sólo encuentro gente que hace la misma pregunta.
 - —Y ¿qué dicen?
- —No mucho —le respondo, etiquetando algunas prendas—. A veces pienso que estoy en tierra de nadie, en el limbo. A los treinta y tantos eres mayor para considerarte joven, al menos lo suficiente como para entrar en un sorteo o pedir una ayuda para un piso de alquiler o de protección oficial. Pero no tan mayor como para pedir la ayuda para mayores.
 - —Te encuentro un poco agobiada.
 - —Sí, lo estoy. Desencantada más bien.

- —Pues ve a esa agencia matrimonial, apúntate a alguna página de internet para conocer gente, haz cosas, necesitas acción.
- —Entonces, ¿no te parece que doy pena por ir a uno de esos sitios?
 - —Claro que no.
- —Gracias —le digo—. Eso me hace sentir un poco menos desesperada.

Esa noche, Ana y yo nos reunimos en un bar con unos amigos para tomar unas cañas.

—Estoy superrayado —confiesa Luis—; creo que mi novia va a dejarme.

Todos le prestamos la máxima atención entre gestos de lástima y sorpresa.

- —¿Cómo lo sabes? —pregunta Sandra.
- —Esas cosas se intuyen —contesta Ana—. Se puede oler en el aire como la coliflor hervida.
 - —Es verdad —dice Luis frunciendo el cejo.
- —Igual sólo tiene un mal día o unas malas semanas. Eso no quiere decir que te vaya a dejar —aseguro intentando animarle.
 - —No hacemos el amor desde hace tres meses.
- —¿No folláis desde hace tres meses? —suelta Marc—. ¡Colega, te va a dejar!
- —Pues si te deja, tu novia es idiota —sentencia Ana—. Porque le va a ser muy, muy difícil encontrar en el mercado una tan grande como la tuya.
- —¡Tía, no seas vulgar! —le grito, avergonzada, porque algunas personas de las mesas cercanas nos miran y se ríen.
- —¿Qué pasa? Si es verdad. Luis la tiene enorme. Ya sabéis que estuvimos saliendo juntos hace unos años y no tengo entendido que eso empequeñezca con el paso del tiempo.
- —Gracias —le contesta Luis, dando un trago a su cerveza—, aunque no me consuela.

- —Pues debería —continúa Ana—. He salido con un montón de tíos hasta que conocí a mi marido, y todavía no he encontrado ninguna como la tuya. Ni siquiera la de él —añade con un hilo de voz.
- —¿Ah, no? —A Luis se le escapa una sonrisa pícara e instintivamente saca pecho.
 - -No.
- —Tengo una curiosidad —dice Sandra en voz baja acercándose al centro del círculo que formamos—. Llevo con la misma persona desde los quince años y, claro, no he conocido a otro hombre y no suelo hablar del tema de los tamaños con mis amigas.
 - —Ve al grano —la interrumpe Ana, impaciente.
 - —Pues que no sé si mi marido la tiene grande o pequeña.
- —¿Cómo que no sabes si la tiene grande o pequeña? —repite Marc.
- —Pues no. Nunca he estado con otros hombres, así que me resulta imposible comparar.
- —¿Cómo la tiene? —le pregunto formando un círculo con el dedo índice y el pulgar.

—Pues...

Sandra hace el mismo gesto con los dedos y va formando círculos más grandes y más pequeños.

—Más o menos así —sentencia Sandra con gestos.

Todos soltamos una exclamación.

- —¡No me lo creo! —suelta Ana, tapándose la cara con las manos.
- —¿Qué? —pregunta Sandra, aparentemente preocupada—. ¿Es pequeña?
- —¿Pequeña?, ¿pequeña? ¡Ni siquiera Luis la tiene tan grande! dice Ana, abriendo mucho los ojos.
 - —¿No? —pregunta Luis, decepcionado.

Sandra, supercontenta, da saltitos y palmaditas en el asiento.

—Felicidades —le digo, levantando mi copa.

Y todos los demás hacen lo mismo.

- —Recuerdo que el último tío con el que salí, antes de casarme, la tenía de un tamaño impensable —dice Ana, arqueando las cejas.
 - —Impensable... ¿de grande? —pregunto.
 - —No, de pequeña. Así que después de probar eso, lo largué.
- —Cómo sois las tías —dice Marc lanzando unos cacahuetes al aire y cazándolos con la boca— y luego decís que el tamaño no importa.
- —Eso lo dicen los tíos que la tienen pequeña y hacen ver que lo ha dicho una tía —digo.
- —Entonces —continúa Marc—: ¿qué pasa con los que la tienen pequeña? ¿No tienen derecho a ser felices? ¿No tienen derecho a tener una relación normal con una tía?
- —Claro, por supuesto que lo tienen —puntualiza Ana—. Pero no conmigo.

Desde hace un rato, Sandra tiene una expresión constante de alegría.

—Esta noche alguien va a estar muy agradecida a su maridito — digo.

Sandra me mira y me guiña el ojo.

—Y tus ligues, Lola, ¿también la tienen como las estatuas griegas? —pregunta Marc.

No me da tiempo a responder porque Ana se adelanta diciendo:

—Las de sus ligues son más bien como las de los Teletubbis, inexistentes. Últimamente, Lola folla poco o nada, por eso se va a apuntar a una agencia matrimonial.

Me quedo muerta. Será asquerosa. ¡Cómo se le ocurre contarlo!

- —Vete a la mierda, Ana —le digo levantándome y poniéndome el abrigo.
 - —Pero ¿por qué te enfadas? —pregunta Ana.
 - —Porque eres una bocazas.
- —Lo siento, no sabía que era un secreto. No me habías dicho que no lo contara.
 - -Como si hiciese falta decirlo.
 - —Pues sí —responde Ana haciéndose la ofendida.

Tengo ganas de salir corriendo. Siento que las mejillas me arden, debo de estar roja como un tomate. Qué vergüenza. Ya me imagino lo que estarán pensando de mí: pobre vieja casi cuarentona y fea a la que no quiere nadie. Mi inseguridad aparece frente a mí como un monstruo implacable y me ataca sin piedad, pero antes de que mis piernas echen a correr soy capaz de lanzar un último ataque.

- —¿Por qué los casados os pensáis que podéis decir lo que sea? ¿Acaso creéis que ese estado civil os da un poder especial? Como esa superfrase: «Se te va a pasar el arroz»...
 - —Tranquila —dice Ana, de forma burlona.

Y eso me cabrea aún más.

—Mira, tía —le suelto—: La única diferencia entre tú y yo es que tú follas siempre con el mismo. Hasta mañana chicos.

Acto seguido giro sobre mis talones y la cola de mi gabardina se agita como una ola detrás de mí, lo que me da un toque de diva sofisticada que hace que me anime un poquito.

Hoy he perdido a una amiga, pero no importa, porque sé que mañana estaré en el buen camino para encontrar un novio. Un hombre que hará que deje de ser objetivo fácil de las burlas insanas y envidiosas de los «felizmente casados».

Acabo de llegar de la agencia matrimonial con un sofocón increíble. ¡Yo sólo iba a informarme y he acabado pagando ochocientos euros! Me siento idiota, terriblemente estúpida. ¿Acaso no sé decir que no? Pues sí, sí lo sé decir, pero cuando me insisten mucho, el tercer «no» empieza a ser débil, y el cuarto se convierte en un «Bueno, tal vez...», y entonces ¡zas! cazada.

En compañía de mi superseguridad matinal, me he plantado delante del edificio y me he dirigido sin pensármelo al interfono de la agencia matrimonial. De repente, los nervios han entrado en mi estómago y han explotado como una bomba; entonces, todos los números y nombres han empezado a moverse, a subir y a bajar y,

antes de que pudiera encontrar el que buscaba, ha aparecido el conserje de la finca.

—¿Adónde va, señora?

«¡Mierda!», pienso, por preguntarme adónde voy y por llamarme señora. Joder, y encima no me acuerdo del nombre de la agencia. Tendré que decir algo antes de que este tío piense que soy idiota, además de una desesperada.

—Voy a la agencia matrimonial —contesto.

Qué más da. A este paso, ¿va a haber alguien que no lo sepa? El conserje se limita a mostrarme el botón sin dedicarme ni siquiera una expresión lastimosa.

Subo en el ascensor y cuando llego al descansillo, llamo a la puerta y una joven recepcionista me abre. Espero que ésta no sea la que informa, porque es demasiado joven y seguro que piensa que doy pena. Pero, afortunadamente, me hace pasar a un despacho y me dice que espere un momento. Bonito sitio. Decoración minimalista con algún cuadro colorido en plan *Happy Flowers*. Se nota que aquí quieren hacerte sentir bien, porque cuando vas a un lugar como éste no estás cómoda, eres como una fracasada en el amor, por eso está bien que tengan cuadros de flores y no de parejitas felices frotándose la nariz como gnomos.

Al rato de estar contemplando la estancia, la puerta se abre y aparece una sonriente chica. Pero ¡si es incluso más joven que la recepcionista! Perfecto, ¿dónde estoy, en un centro Erasmus? Empieza a hablar y enseguida me percato de que se está haciendo la simpática conmigo. Me doy perfecta cuenta de su falsa sonrisa, porque sólo me sonríe con los labios y no con los ojos, que me miran mostrando claramente compasión hacia mi persona. «¿Qué sabrás tú con tu perfecta piel de veinteañera? —pienso—, llámame dentro de quince años y te ayudaré a buscar en la basura tus sueños de juventud.»

La chica no deja de hacerme más y más preguntas mientras lo registra todo en una ficha. Yo me callo y pienso: «Bueno guapita, cuando dejes de hablar, te preguntaré lo que me interesa saber».

Entonces, cuando termina, empieza a explicarme el éxito de su agencia, al mismo tiempo que abre un álbum con fotos de tíos, todos buenísimos, claro está. Esta niña piensa que me chupo el dedo.

—Ya, ya veo, pero yo no... —le digo.

Entonces me interrumpe explicando historias de parejas que se conocieron en su agencia.

—No, pero si yo sólo he venido a... —insisto.

Pero ella está emocionada contándome lo maravilloso que es todo.

—Bueno, tal vez... —digo, con un tono de voz notablemente más débil.

Empiezo a flaquear. Y de repente me veo envuelta por su entusiasmo. ¡El amor está en el aire! ¡La primavera flota en el ambiente! ¿A qué huelen las nubes?... Mi visa sale del bolso. Mi mano se la ofrece y, justo cuando la pasa por la maquinita, me arrepiento de la idea de la agencia matrimonial.

—Tu primera cita te llegará por correo electrónico —me dice—. Buenas tardes y buena suerte.

Salgo de allí enfadada con la peor persona con la que me podría enfadar: conmigo misma. Decido caminar un rato, hasta la siguiente parada de autobús; necesito que me dé el aire.

Cuando estoy triste o tengo un pensamiento negativo, canto una canción que me trae buenos recuerdos de la infancia. Si estoy sola lo hago en voz alta y si estoy acompañada, mentalmente. Es casi como un olor que te transporta al instante de un pasado mejor. Después de lo absurdo de gastarme tanta pasta en la agencia matrimonial para conocer hombres, necesito entonar mi canción antitristeza y, como ya he subido al autobús, la tarareo y la canto mentalmente: «En un país multicolor, nació una abeja bajo el sol, y fue famosa en el lugar, por su alegría y su bondad. Y a la pequeña abeja la llamaron Maya...».

Hoy es mi día de fiesta y tengo pensado pasármelo frente al ordenador, pero antes iré al médico porque estoy medio sorda de un

oído por culpa de un tapón de cera. Hace una semana que no oigo bien y la verdad es que cada día me quedo un poco más sorda. Pero es que me angustia que me introduzcan agua a presión en el oído porque luego me paso tres días con dolor de cabeza. Y es que soy la típica que cada verano coge otitis en la piscina.

Antes de salir de casa, recibo una llamada de mi amiga Ester, que me pregunta si puedo quedarme en su tienda un par de horas; tiene que hacer unos recados y no quiere dejar sola a su madre, ya que el otro dependiente tampoco está. ¿Qué otra opción tengo? Ella es una buena amiga y a mí me cuesta decir que no.

Iré al médico por la tarde.

La tienda es un pequeño comercio de barrio en el que hay un poco de todo. Aburrimiento es lo que más tienen. Sólo entran abuelitas para comprar cuatro tomates y cien gramos de jamón de york. El lugar huele a rancio y añejo. Ester sabe lo que pienso, se lo he dicho muchas veces, las mismas que le pregunto por qué sigue desperdiciando su vida en este sitio. Su madre se pasa las horas detrás del mostrador, escondida entre el chóped y el salami, haciendo ganchillo. Otro jersey multicolor que Ester nunca se pondrá.

Llevo unos días esperando un e-mail con la dichosa primera cita, pero no recibo nada. Me paso toda la mañana consultando mi correo en el móvil; a este paso me voy a gastar otros tantos euros en conexión. No es bueno, nada bueno, que en cuatro días no me haya llegado ni una sola cita. ¿Qué pasa? ¿Es que no hay solteros en Barcelona? Intento animarme: pienso que todo lo bueno siempre se hace esperar.

Después de media mañana, en la que sólo han desfilado por la tienda candidatos del Imserso, ocurre algo extraordinario. Entra un chico guapo, muy guapo, que se dirige directamente a mí. Mi corazón se acelera, siento calor en las mejillas y sonrío bobamente.

- —¿Tienes compresas? —me pregunta.
- —Sí. Están por allí justo en el otro pasillo —respondo, señalando con el dedo.

El chico va a buscarlas y yo lo miro por uno de los espejos de vigilancia. Qué mono. Eso sí que es un novio con todas las letras.

El chico mira las estanterías sin saber cuáles coger. Tendré que ir a echarle una mano. Con tantas clases de compresas estará hecho un lío... con alas, sin ellas, doble protección, de noche...

—Perdona —le digo—: ¿puedo ayudarte?

Él me mira y, sonriendo de forma extraña, me dice:

—Creo que no me has entendido. Quiero Contessa, el helado, y no compresas...

Le indico el congelador y, roja como un pimiento, vuelvo al mostrador junto a la madre de mi amiga, y me oculto detrás del embutido. Pero no puedo estar allí por mucho tiempo, pues también soy la cajera. Le cobro y el chico me mira con una media sonrisa.

- —Júrame que no le explicarás esto a nadie —le pido.
- —Lo siento, se lo contaré a mis colegas —contesta metiendo el helado en la bolsa—, pero tranquila, diré que ha sido una vendedora del Carrefour.

Me guiña un ojo y se va. Podría haberme pedido una cita en plan: «Si cenas conmigo no lo cuento». Pero claro, eso sólo pasa en las películas.

Hoy he llamado a la agencia matrimonial, ya que llevo dos semanas y pico apuntada y no he recibido ninguna cita. ¡Y no puede ser!, algo pasa. Y, en efecto, así es. La jovencita de la agencia apuntó mal mi dirección de correo electrónico. ¡Qué poca profesionalidad! Me ha dicho que me había enviado unos diez, lo que equivale a ¡diez pretendientes! Y yo a punto de abrirme la cabeza con el canto de mi portátil. Me ha reenviado los correos electrónicos y ahora estoy estresada porque se me acumula la faena.

He abierto todos los mensajes esperando topar con el rostro de unos guaperas pero, para mi sorpresa, ninguno contiene foto. Así que he llamado otra vez a la agencia.

- —Perdona, creo que ha habido un error. No habéis incluido ninguna foto con los candidatos.
 - —No es un error. Nunca lo hacemos.
- —¿Es que he ido a una agencia de citas a ciegas? Porque yo necesito ver con quién voy a quedar y si no le veo la cara, ¿cómo voy a saber si quiero o no encontrarme con él? No, no estoy dispuesta a perder tiempo.
- —Nuestra política es la de no incluir fotos porque abogamos por conocer a la gente en persona. Hablar y verse cara a cara es fundamental para saber si hay química o no la hay.
- —Pero ¿qué tonterías son ésas? ¿Es que acaso no conocéis a Eduard Punset? ¿No habéis visto nunca su programa «Redes»? ¿No habéis oído hablar de la química del amor? Se necesitan sólo siete segundos para saber si te atraerá o no una persona, y yo con dos ya tengo suficiente para verle la cara y el culo.
- —Lo siento. Las cosas en nuestra agencia funcionan así y se le informó de ello cuando estuvo aquí.
 - -No, no lo hicieron.
- —Sí, sí lo hicimos —responde la recepcionista con su voz chillona.
 - —No me gusta este sistema. ¿Pueden devolverme el dinero?
- —Lo siento, pero eso es imposible. Le recomiendo que se dé una oportunidad y acuda a unas cuantas citas. Le aseguro que es la mejor manera de conocer a alguien —continúa diciéndome la mujer con el mismo tono.

Está claro que a esta chica no la va a incomodar nada de lo que le diga. Pero yo tampoco estoy dispuesta a dejarme convencer a la primera, ¡ésta no sabe quién soy yo!

—Perdona, pero discrepo en eso —añado y oigo un suspiro al otro lado del teléfono—. Queda muy bien decir eso de que lo que importa es el interior de las personas y bla-bla-bla, pero si tienes una cita a ciegas y el chico o la chica no te gusta físicamente, ya pueden tener el alma de santa Teresa de Jesús o el corazón de Gandhi, que no le das una segunda oportunidad.

—Disculpa pero tengo otra llamada. ¿Puedo ayudarte en algo más? —añade con el mismo tono de voz.

¿Qué ha pasado con la diplomacia? Vaya manera de atender a un cliente. Desisto y me concentro en mis pretendientes. No me queda más remedio que arriesgarme, pues no me devolverán el dinero.

Empiezo por el primero.

Nombre: Óscar.

Edad: treinta y cinco años.

Profesión: Periodista.

Gustos: Ir a la playa, jugar al tenis, la escalada, y un largo etcétera.

Localidad: Barcelona.

Cuanto rollo. Paso párrafos para encontrar lo realmente importante: ¿está bueno o no?

Descripción física (al fin): Moreno, ojos verdes, constitución atlética.

Sí. Mañana le llamo. Tiene toda la pinta de estar como un queso.

Ayer por la tarde llamé a mi cita, Óscar, el periodista. ¡Fue tan simpático! Es la clase de personas que enseguida participa en la conversación y no hace de ella un monólogo, limitándose sólo a responder si o no. Me hizo reír en un santiamén. Su voz sonaba grave e interesante, y fue muy educado. Me dijo que estaba trabajando en Nueva York, que vuelve el miércoles y que me llamará para quedar. ¡Guau!, qué ganas tengo. Tener un reportero como novio suena bien, ¿no? Nueva York, Singapur, Londres... y a mí me encanta viajar.

Ahora sólo me queda elegir la ropa y los complementos para mi cita. Pensaba hacerlo mientras le daba el paseo diario al perro de mi vecina, un San Bernardo de nombre *Paco*. Me parece ridículo que a un perro se le ponga el nombre de una persona. Pero de mi vecina no me extraña nada, está como una cabra. Llevo unos meses

intentando cambiarle el nombre llamándole *Titán*, pero el perro no me hace ni caso y no pienso seguir gritando: ¡Paco! Cada vez que se me escapa, la gente me mira y se acerca para preguntarme si he perdido a mi hijo.

Bueno, pues hoy al mediodía estaba paseándolo por el parque, sumergida en mis pensamientos, viendo pasar modelitos por mi mente, decidiendo si era mejor llevar pantalón o vestido para la cita, cuando de repente, casi cien kilos de perro tiran de mí haciéndome volar por los aires y aterrizar después sobre el suelo. Conclusión: tengo los antebrazos y las rodillas desollados y un chichón en medio de la frente. Genial. ¿Se puede tener peor suerte? Adiós vestidos sexies. Puedo tapar las heridas de los brazos y las piernas, pero ¿qué hago ahora para disimular este chichón de color berenjena en la frente?

Un señor mayor me ha ayudado a levantarme mientras yo intentaba contener el llanto.

- —¿Estás bien? —me pregunta el abuelo.
- —Sí, sí, no se preocupe.

Parezco una niña de ocho años con las rodillas despellejadas y haciendo pucheros. El señor intenta sacudirme la tierra pegada a la piel ensangrentada, pero sólo con rozarme veo las estrellas y le grito como una posesa:

—¡No me toque!

Pobre hombre, encima que intenta ayudarme le grito como si intentara violarme. Se ha ido visiblemente enfadado, y yo me he puesto a llorar. Si no fuera porque adoro a los animales, a éste lo ahogaba en una piscina.

Ya estoy lista para mi encuentro y me he decidido por unos pantalones y un chaleco. Me parece lo más cómodo y discreto para una primera cita con un desconocido. Es muy importante tener claro qué quieres que tu imagen diga de ti. Y para esta ocasión me interesa que mi imagen diga que soy desenfadada y despreocupada; aunque esto sea mentira.

Así que aquí estoy, camino a conocer a mi posible novio con el que he quedado en una cafetería cerca de la plaza de Catalunya y que se llama La Taberna de Barcelona, un lugar lleno de fotos antiguas y decoraciones en madera tallada. Son las ocho y cuarto cuando entro en el local.

Como no quiero darle la opción a que me vea, no le guste y me deje plantada, he llegado un poco tarde. Me voy a la barra y le llamo, pero hay demasiada gente en el local y no puedo oír el tono de su teléfono. Me levanto y recorro con la mirada las mesas que están semiocultas, como reservados. Mi cita no descuelga el teléfono y yo empiezo a pensar que no se ha presentado. No sería la primera vez que me dejan plantada. Pero entonces me tocan el hombro y al volverme veo al tío más bueno que he visto en mi vida, ¡en carne y hueso! Inmediatamente me pongo nerviosa y hago lo que hago siempre que me pongo así, es decir: sonreír.

- —¿Nos quedamos en la barra? —me pregunta con una sonrisa blanca y luminosa, al mejor estilo actor de Hollywood.
 - —Mejor vamos a una mesa.

Nos acomodamos en una que está algo apartada, donde una pared de madera a cada lado de los asientos nos resguarda como si estuviéramos metidos en una especie de habitáculo, lo que, de alguna manera, nos proporciona más intimidad.

- —¿Qué tal? —pregunta.
- —Bien, ¿y tú?
- —Bien —responde con una sonrisa.

No sé por qué me temo que ésta va a ser la típica conversación de besugos. Pero entonces, me sorprende con una pregunta que no está en el manual clásico de chico-conoce-a-chica.

—¿Sabes que eres preciosa?

Me siento expuesta, y soy consciente de que no sé qué hacer con los brazos, las manos, la boca... Y me doy cuenta de que acabo de hacer esa caída de ojos en plan dama virginal, como la protagonista de un libro de Jane Austen.

Durante la siguiente hora apenas si digo una palabra. Lo intento, pero no hay manera porque él no me deja hacerlo. Habla y habla como si le hubiesen dado cuerda y sólo se detiene para coger aire. Menos mal que es superguapo, de lo contrario ya estaría dormitando entre las cañas y los nachos que hemos pedido de aperitivo.

¿Cómo puede ser que un tío como éste busque chica en una agencia? —me pregunto; seguro que si chasquea los dedos acuden veinte tías guapísimas. ¿Dónde está el fallo? Bueno, por lo menos no tengo que estrujarme el cerebro para tener a punto un tema de conversación por si llega ese momento en el que se hace un incómodo silencio. Así que me relajo y me dedico a contemplarlo.

Entonces empiezo a darme cuenta de que hay algo raro en él. Algo en su forma de expresarse, de gesticular. Comienzo a fijarme con más atención en cómo se moja los labios con la lengua haciendo un ruidito, cómo pone morritos y ladea la cabeza cuando hace algún comentario gracioso y, sobre todo, cómo utiliza reiteradamente la frase: «Es *supermegafuerte*». Una idea viene a mi mente, este tío es gay.

Pero ¿por qué un gay iría a buscar una chica a una agencia matrimonial? La única respuesta que se me ocurre: porque todavía no ha salido del armario y la necesita para guardar las apariencias. Pero seguro que me estoy equivocando.

Tras la cita cada uno se va a su casita. Se ha disculpado diciendo que estaba muy cansado por el *jet lag* y me ha dicho que me llamará para volver a quedar. La idea de que sea gay se ha quedado grabada en mi cabeza, así que la próxima vez me las arreglaré para que aparezca mi amiga Sandra y le eche un vistazo, necesito una segunda opinión.

Ha llegado a casa y casi sin darme cuenta estoy tarareando mi canción antitristeza. Enciendo el ordenador y me dedico a buscar foros en internet en los que se hable de gays que no han salido del armario y, no sé cómo, una cosa me lleva a otra y acabo apuntándome a Mach.com. Cuando me he metido en la cama me he

sentido idiota por gastar más dinero para conocer chicos. Pero ahora tengo claro que estos treinta euros no caerán en saco roto.

Ha sido un fin de semana intenso. Tres citas y tres chascos.

Sábado por la tarde: Miguel, treinta y cinco años, comercial en una empresa de internet. Un chico normal, muy hablador y sonriente. Nos ponemos al día contándonos un poco nuestras vidas. A la media hora dejo de escucharlo porque no puedo parar de mirar la saliva que se le está acumulando en las comisuras de los labios. Hago el gesto de tocar las mías para ver si por inercia me imita, pero nada. Aquello toma un aspecto desagradable, gelatinoso y oscuro, en fin, no sigo, ¡puaj!, imposible continuar con la cita. Me invento una excusa y me largo.

Sábado por la noche: Juan, treinta y ocho años, dueño de una tienda de muebles. Atractivo y conversador. Me explica su vida sin que le pregunte. Habla y habla sin parar. Y entonces suelta una frase, para mí, totalmente fuera de lugar: «Soy una persona muy liberal a la que le gusta mucho el sexo». Empieza a contarme una aventurilla y me hace sentir incómoda, sobre todo con algunas palabras subidas de tono que emplea con dominio y soltura. Me voy al baño y cuando vuelvo, su silla, que antes estaba frente a mí, ahora está a mi lado. Sigue hablando y de repente su mano cae sobre mi pierna. ¡Hora de largarse!

Domingo por la tarde: Carlos, treinta y tres años, dependiente en una tienda de ropa. Corte de pelo extraño, camiseta de lycra demasiado ajustada con un estampado de color azul eléctrico y verde fluorescente. Me habla de las desgracias que ha pasado en su vida, de su pesimismo ante el futuro, de todas sus malas experiencias con las chicas (dejando siempre fatal al género femenino). Éste se piensa que ha ido al psicólogo y gratis, así que voy a pedir unas bravas, unos pulpitos y otra cerveza, y la cuenta la va a pagar él, por supuesto. El *look* tenía solución, el carácter no. Las tapas estaban buenísimas.

Al llegar a casa veo que tengo un montón de mensajes en la página de Match. Colgué mi foto y también pedí que ellos la tuvieran puesta en su perfil. Hay de todo... guapos, resultones, feos y muy feos. Pero casi todos con el mismo mensaje: «Te dejo mi e-mail por si te apetece conocerme y chatear un rato». Dos son la excepción.

Uno dice: «Me ofrezco como tu esclavo, porque me gusta que me azoten y me maltraten mientras lamo tus zapatos». Alucinante.

El otro: «Primero, cena en un restaurante vasco, comida y buen vino. Después, copas en una coctelería de diseño futurista; luego, un paseo por el barrio de las letras. Sé que no debería escribirte porque vivo en Madrid y he visto que buscas a alguien de tu misma ciudad, pero soy de los que piensan que lo mejor para librarse de la tentación es caer en ella». Interesante. Curioseo en su perfil. Es italiano, tiene treinta y siete años y trabaja como empresario. Sólo ha colgado una foto en blanco y negro. Parece muy atractivo, así que decido agregarlo al messenger.

Óscar, el sospechoso de ser gay, me llamó ayer y hemos quedado hoy por la noche. Ya he avisado a mi amiga Sandra para que le observe y me diga qué le parece.

La cita será a una hora bastante extraña, la una de la madrugada. Me ha dicho que tiene que terminar un trabajo urgente, así que aprovecho para ir a cenar con Sandra y después a tomar una copa. Luego, juntas nos dirigimos hasta un pub en el casco antiguo de Barcelona, donde he quedado con él. Mi amiga nos espiará para después darme su opinión.

Antes de llegar al pub, Sandra y yo nos separamos para no entrar juntas. Yo me desvío por una calle y no sé cómo, me pierdo; cuando quiero retroceder, el tacón de mi botín se queda enganchado en una baldosa rota. No puedo sacarlo. Tiro con fuerza pero nada, no sale. Me quito el zapato e intento desengancharlo; tampoco funciona. Me lo vuelvo a poner y sacudo el pie, ¡imposible! Lo intento durante un rato hasta que me canso. Busco el móvil en mi bolso para llamar a

Sandra, pero no lo encuentro. Recuerdo haber hablado con Óscar desde el baño del restaurante y que luego me he lavado las manos. Genial, allí se ha quedado. ¡Otro teléfono que pierdo! No quiero que me dé un ataque de ansiedad, así que intento respirar profundamente para relajarme, y entonces me doy cuenta del frío que tengo. Estoy helada y comienzo a tiritar. Mi nariz es como una alarma, se pone roja como un pimiento cuando tengo un poco de frío. El pelo, que me había alisado antes de salir de casa, lo siento ahora pegado alrededor de la cara, encrespado y húmedo. Y después de tantas horas con el mismo rímel seguro que ha resbalado de mis pestañas y debo de tener una sombra oscura debajo de los ojos. Me imagino mi aspecto, siniestro, como si acabara de salir de un concierto heavy. Entonces el tacón se parte, ¡estupendo! Lo meto en el bolso y me pongo a caminar. Entre la cojera y la nariz roja debo de parecer el payaso Fofito. Ahora ya da igual que sea gay o no, en cuanto me vea sale corriendo.

Llego al pub y veo a Óscar en la entrada a punto de marcharse. Le hago una señal y acelero el paso, con lo que mi cuerpo hace un movimiento extraño. ¡Lo sexy que te hacen sentir unos tacones y lo ridícula que te sientes si te falta uno! Entramos y nos sentamos en la barra. Sandra está en un rincón hablando con algunas personas. Es envidiable la facilidad que tiene para relacionarse con desconocidos. Le explico a él lo que me ha pasado y se ríe sin darle más importancia.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta. Un tazón de leche caliente con cacao, pienso, pero en su lugar digo—: Vodka con limón, gracias.

Está realmente guapo. Con un polo de color lila, chaqueta beige, tejanos y un fular que le queda genial. Sandra se sitúa cerca de nosotros y nos mira con disimulo. Tengo que ir al baño para intentar recomponerme, pero cuando me dispongo a hacerlo, Óscar se abalanza sobre mí y me besa. Es un beso largo, mejor dicho, jeterno!, y además ¡lo hace fatal! Me mete la lengua hasta la campanilla moviéndola como si fuera un perro sabueso. ¿Por qué

haces eso?, ¿no has cenado y buscas algún tropezón? Menos mal que siempre llevo mi cepillo de viaje en el bolso y me he cepillado los dientes a fondo en el restaurante, de lo contrario, seguro que ya habría encontrado algo. Y Dios, ¡qué manera de fabricar saliva! Tío, trágate la tuya que yo ya tengo suficiente con la mía. Él se aparta unos centímetros para coger aire e intenta volver a la carga en dos ocasiones, pero le hago la cobra, y lo esquiva.

- —Uff, estoy supercansada, así, de repente, y es supertarde —le digo.
- —Pero ¿no me contaste que trabajas por las tardes? —replica, con cara de sorpresa—. Mañana no tienes que madrugar.

Con lo poco que hablé en la primera cita se acuerda de lo que le dije, y encima es periodista.

—Sí, sí. Pero esta tarde justamente he cambiado el turno con una compañera y tengo que madrugar. Así que venga, te llamo, ¿eh? Adiós —respondo dándole unas palmaditas en la espalda.

Voy hacia la salida y Sandra me sigue.

- —¿Qué ha pasado? —pregunta Sandra, sorprendida.
- —Que es de lo peor besando. ¡Qué asco! Hasta te podría decir lo que ha cenado.
 - —Uff, déjalo.

Sin dudas, éste va a encabezar mi lista de los peores besos.

- —Entonces, ya da igual que sea gay o no —dice Sandra—. ¿Para qué vas a salir con él si no quieres que te bese?
 - —Podríamos ser amigos.

Ambas nos miramos, fruncimos el cejo y decimos al mismo tiempo.

-No.

Cuando vuelvo a casa, entro en el messenger y para mi sorpresa, y a pesar de la hora que es, Giovanni también está conectado y enseguida me saluda. Es la segunda vez que hablo con él y de hoy no pasa que le pida su número de teléfono.

A pesar de los fiascos de las últimas citas, estoy contenta. Y lo estoy porque llevo unos días chateando con Giovanni, el italiano. Cada vez que lo veo conectado espero a ver si me saluda primero, y siempre lo hace. Y lo mejor de todo es que no hizo falta que le pidiera el teléfono, fue él quien lo hizo primero. Y cuando tecleé el último número en el ordenador, sonó mi móvil. El corazón me dio un vuelco porque sabía que era él.

—Ciao, bella —me dice.

Dios ¡qué voz tan varonil tiene y ese acento italiano que me encanta!

—¿Cómo estás? —le pregunto.

Estoy nerviosa, pero afortunadamente él no puede verlo.

-Deseando escuchar tu voz...

Giovanni habla con tranquilidad y, a veces, arrastra las últimas letras de algunas palabras de manera claramente seductora. Creo que es un don Juan. Se le nota, le va lo de ligar. Sabe lo que tiene que decir y el efecto que produce cada una de las palabras que pronuncia. Me siento algo tonta por haber entrado en su juego, pero es que hace tanto tiempo que no me seducen que lo necesito. Ya estoy harta del aquí te pillo, aquí te mato. Así que sigo escuchándolo dispuesta a colgarle el teléfono en cuanto suelte alguna guarrada.

- —Adoro Barcelona —continúa—, su arquitectura me fascina y el mar es lo que más echo de menos aquí en Madrid.
- —Pues a mí Madrid me encanta y cada vez que voy me gusta más.
 - —Y ¿cuándo vas a venir para conocernos?

La conversación se alarga durante una hora y no ha soltado ninguna guarrada. Me ha dicho que durante unos días no se conectará porque se va a Italia para ver a su familia. ¡Y es de la Toscana! Todo en él es perfecto. No sé por qué me lo imagino posando como una de esas estatuas de Miguel Ángel, alto y esbelto. Aunque pensándolo bien, esas estatuas tienen unos penes diminutos. Mejor me lo imagino vestido como un centurión romano o un

gladiador musculoso. En fin, igual me ha metido un rollo y no sé va Italia y lo que quiere es deshacerse de mí; nunca se sabe.

Anoche estuve planeando mis próximas citas. Estaba frente al ordenador y, de repente, sentí que tenía un inmenso catálogo de hombres para mí. A veces parece que hay uno para cada momento de la vida. Si buscas pisos puedes verlos en catálogos, si quieres muebles para tu piso los tienes en un catálogo, si quieres un vestido de novia hay catálogos repletos de ellos, si quieres un restaurante para la boda tienes catálogos para elegir, si tienes un bebé hay catálogos con ropita, cunas, accesorios, juguetes... ¡Hasta para cuando te has muerto tienes catálogos! De flores, de estampitas, de frases para las estampitas, de ataúdes, de música para el funeral...

Voy a dedicarme al catálogo que me toca en esta etapa de mi vida: el de hombres.

Y el elegido para mañana es David, treinta años, rubio, ojos marrones y administrativo.

Me he puesto mi vestido azul, botas altas, pañuelo blanco y chaqueta gris y he ido a esperar a mi siguiente cita a la entrada principal de la Sagrada Familia. Curioso sitio para quedar, lleno de turistas. Ya estoy un poco mareada de ver gente cuando suena mi móvil y antes de que pueda contestar un chico se acerca a mí y me saluda.

—Hola, soy David —dice con una amplia sonrisa.

Primera impresión: ni fu ni fa. Ni guapo, ni atractivo. A lo mejor me sorprende con una gran personalidad y, con este pensamiento, decido quedarme.

Mientras tomamos un café empieza el interrogatorio.

- —¿Cuántos años tienes? —me pregunta.
- —Treinta y tres.
- —¿En qué trabajas?
- —En una tienda Zara —respondo.
- —Y dime, ¿qué te gusta hacer?
- —Pues me gusta ir al cine, al teatro, leer, pasear por la playa, la montaña, los días de sol. Muchas cosas.

—Y ¿a qué aspiras en la vida?

Me siento como si estuviera rellenando un formulario y tengo unas ganas tremendas de largarme, y entonces, viene lo peor: el chico, todo orgulloso, me enseña su colgante.

- —¿Sabes qué es esto? —me pregunta.
- —Un colgante —le respondo.
- —Pero no es uno cualquiera —añade él, misterioso—. Es el colgante de David Bisbal, de Viceroy.

Genial, un friki.

—Es mi ídolo —continúa—, el mejor, gran cantante y excelente persona.

Me entra pánico por si decide ponerse a cantar «Ave María, cuándo serás mía» o algo así. Y que conste que no tengo nada en contra del cantante. Que me encantó aquella edición de Operación Triunfo y he bailado como una loca la canción «Bulería, Bulería» en las fiestas del pueblo; pero que no, joder ¡que estás teniendo una cita con una tía! ¿qué pretendes? ¿Que caiga rendida a tus pies con el colgante de David Bisbal? ¿Qué te piensas que es? ¿La joya del Titanic o el reloj de James Bond? Yo alucino. Necesito una excusa para huir y no importa cuál. Entonces le suena el móvil.

Lo siento, tengo que marcharme hay una urgencia en mi casadice con cara de preocupación.

Yo olvido mi educación y ni siquiera le pregunto si es grave, sólo intento concentrarme y poner cara de desilusión.

- —Repetiremos, ¿no? Esta cita no cuenta —dice.
- —Claro, seguro —respondo. «Antes me corto las venas con un papel», pienso.

Entonces él insiste en acercarme al metro y yo rompo una de mis normas: no subir nunca al coche de un desconocido. Bastante preocupado debe de estar por la urgencia que hay en su casa y yo no quiero que se sienta aún peor si le digo que no, pero ¿por qué me importa lo que pueda pensar un desconocido? Demasiado tarde. Apunto mentalmente mi última reflexión en mis tareas pendientes y subo a su automóvil.

A decir verdad, su coche es irreconocible, está totalmente tuneado y parece más un cochecito de feria que otra cosa. La carrocería está pintada de diferentes colores chillones, pero por dentro es todavía peor. La cara de David Bisbal está dibujada en el salpicadero. Nada más darle a la llave de contacto suena una canción de él a todo volumen. Doy un salto del susto y él me mira con una sonrisa y me guiña el ojo.

- —¿Puedes bajar el volumen? —le pido a gritos.
- —¡Esta canción se tiene que escuchar así, si no, no llega! contesta dándose unos golpecitos con el puño en el corazón.

Quiero subir la ventanilla en un intento desesperado por evitar la humillación pública, pero el botón no funciona.

—¡Lo siento, está estropeado, mañana tengo que llevarlo al mecánico!

Genial, parecemos dos «garrulos barriobajeros». Lo que daría por llevar un pasamontañas en el bolso. Para colmo se equivoca y me deja en la línea de metro que no es y, tonta de mí, en vez de callarme, se lo digo, lo que me cuesta otra vueltecita en el «bisbalmóvil». Me bajo del coche con un terrible pitido en los oídos, medio sorda y con los pelos revueltos. «Sayonara, baby», o mejor dicho: hasta nunca.

Una vez más llego a casa decepcionada pero, al encender el ordenador y revisar el correo, mi ánimo se dispara de nuevo. En mi bandeja de entrada tengo un e-mail de Giovanni. La verdad es que no me explica nada, sólo me ha escrito una frase que dice: «Mañana te haré un regalo. Besos, bella».

No sé cuantas veces he mirado el buzón para comprobar si había llegado algún mensaje de Giovanni. Desde que dijo que me iba a hacer un regalo, no dejo de pensar qué puede ser. ¿Me llegarán flores? No lo creo. No sabe mi dirección. Así que también está descartada la posibilidad de que se presente él en persona a traerlas. Tiene que ser algo a través de internet. Y, por fin, después

de pasarme horas comprobando el e-mail, veo su nombre. ¡Casi me da un ataque de nervios! El mensaje dice:

Ciao, bella. Come stai?

Cada tarde paseo por las estrechas calles de mi barrio entre casas de piedra y flores en las ventanas hasta llegar a una plaza con una pequeña fuente. Allí hay una cafetería donde he pasado muchas tardes leyendo y tomando una copa de vino antes de marcharme a España. Hay algunas mesas al sol con manteles blancos y sillas de mimbre, y en la pared cuelga un viejo altavoz del que sólo sale música en italiano. Hace un par de días escuché una vieja canción de Umberto Tozzi que llevaba tiempo sin sonar. Esta vez fue diferente porque me hizo pensar en ti. Espero que te guste.

Arrivederci, bella.

Agrega un enlace a YouTube con una canción de Umberto Tozzi titulada $\ensuremath{\mathscr{C}} T \dot{u} \ensuremath{\mathscr{U}}$.

La he escuchado un montón de veces mirando su foto. Estoy atontada, lo sé. Pero aunque no dure ni salga bien o me esté montando una película creándome unas expectativas que no son, quiero disfrutar de estos momentos.

La loca de mi vecina es también mi casera. Me deja el alquiler del piso muy barato, pero, a cambio, tengo que hacer algunas cosas por ella. Una de ellas es prepararle la cena. Es una señora de unos sesenta y tantos años con una buena posición económica, que se pasa el día haciendo cosas raras: desde buscar ovnis con un grupo de gente hasta rituales con la naturaleza y cosas por el estilo. Bueno, pues ayer, como cada noche, le llevé la cena. Llamo a la puerta y se abre sola. Mi casera me grita que pase y yo entro con el plato en la mano dispuesta a dejarlo sobre la mesa, pero entonces llama mi atención el resplandor de una luz de color naranja que sale de una de las habitaciones. Tendría que haberme largado, lo sé, pero la curiosidad pudo más y asomé la nariz. Ahí estaba ella, desnuda y

rodeada de velas e inciensos, recitando algo, una especie de mantra indio mientras estrujaba hierbas sobre el cuerpo desnudo y boca arriba de un hombre de unos setenta años. Cuando estoy a punto de salir de allí, me dice que me acerque y que le ayude a estrujar las hierbas sobre el señor. Yo intento mirar al techo. Y pienso: la próxima vez le dejo la comida en la puerta. Una vez tiene el cuerpo totalmente cubierto, mi casera le da una botellita llena de un líquido oscuro y le dice:

—Señor Fernández, tómese una cucharita antes de mantener relaciones sexuales y durante una semana duerma totalmente desnudo con las ventanas abiertas para que la madre naturaleza pueda hacer su trabajo. Ya verá cómo no tendrá que volver a utilizar viagra.

Como duerma con las ventanas abiertas con este frío, mañana no se la encuentra. Después de ver a aquel hombre desnudo tengo la libido por los suelos.

Anoche estuve hablando con un chico que he conocido en la página de contactos de internet. Nos comunicamos a través de la cámara web. Es guapo y tiene una sonrisa de anuncio de dentífrico de esas que tanto me gustan. Pero no me gustó cómo me hablaba porque la conversación pronto se convirtió en un interrogatorio.

- —¿En qué trabajas?
- —En una tienda Zara.
- —Ah —responde él en plan despectivo—. Y ¿no aspiras a algo más?
- —Y ¿tú? —le pregunto esperando a que me diga que es diplomático o algo así.
 - —Soy informático —responde—. Y escribo guiones.
 - —Ah, qué bien —le digo—. Y ¿escribir guiones te da para vivir?
- —No. Todavía no, pero mi objetivo es ser el nuevo Spielberg me dice—. Si quieres podemos quedar para tomar un café, pero en plan rápido, que tengo mucho trabajo y estoy muy ocupado.

¿Quién te piensas que eres? ¿George Clooney? Si quedamos, que sea sin prisas, o ¿es una excusa para largarte si no te gusto?

- —Ya te diré algo. Tengo cantidad de pretendientes esperando tener una cita conmigo ¿sabes? Es que estoy superocupada, pero si quieres intento hacerte un hueco —añado.
- —Guay —contesta él—. Entonces, ¿por qué no te pones en pie y das una vuelta para que vea lo alta que eres?

Este tío se piensa que soy idiota. Tú lo que quieres es verme y así saber si te gusta mi cuerpo, en especial mis atributos femeninos.

- —No me apetece —le respondo.
- —No entiendo por qué no te apetece, tampoco te cuesta tanto levantarte.
- —La verdad es que no tengo ni tiempo ni ganas de explicártelo le digo, y acto seguido cierro la ventana y después lo elimino como contacto.

Mi amiga Ester está apuntada a una página para singles y nunca ha ido a una salida con ellos. El otro día me convenció para asistir a una.

El organizador de la salida era un tal Tony, un chico de unos treinta y tantos años, muy simpático y optimista, o eso es lo que me pareció cuando entré en su página y leí sus mensajes con otras chicas. Tenía fotos colgadas y en el noventa por ciento salía él sonriendo feliz con una chica a cada lado. El chico no me gustó pero pensé: van *singles*, así que seguro que hay gente para conocer.

Nos presentamos en el cine donde habíamos quedado. El plan era comprar las entradas, ir a cenar algo, ver la película y, luego, ir a una discoteca. Nada más llegar nos vamos a la acera de enfrente para observar el panorama y vemos a un gran grupo de chicas y entre todas ellas, el tal Tony. Dudamos si acercarnos o no. Demasiadas mujeres. Entonces aparecen tres chicos más y finalmente nos decidimos a ir.

Ester habla con Tony quien nos recibe alegremente y empieza a presentarnos a la gente. Ponte a dar besos a veinte personas, ¡qué pereza! Cuando acabo, no logro recordar el nombre de ninguno de ellos. Miro a los tíos. Sólo hay dos que no están mal. Pero al momento me doy cuenta de que vienen con sus parejas y lo comento con Ester.

—¡Eso debería estar prohibido! Largaos a dar un paseo romántico o a hacer manitas a cualquier parque —me susurra Ester gruñendo.

Compramos las entradas y vamos todos, es decir, los veinte a una hamburguesería a comer algo. Parecemos una banda de *boy scouts*, sólo nos falta el pañuelo al cuello.

En mi mesa se sienta Tony y un amigo suyo, muy feo, unicejo y sin frente, que no deja de hablar y hacerse el gracioso. Tony tiene una calva muy rara. Está totalmente pelado pero le sale una especie de pelusa rubia en la mitad de la cabeza que me distrae. Entonces Ester me pide que la acompañe al baño. Está muy nerviosa.

—¡El amiguito pesado de Tony me ha tocado la barriga! —dice Ester—. ¡Qué asco de tío, no lo soporto, es un pesado! Si no fuera porque tenemos las entradas del cine, me largo. Y una vez dentro nos perdemos, pues sólo falta que se siente a mi lado.

La verdad es que el «tocabarrigas» está flipando con mi amiga, y no deja de intentar manosearla: en el brazo, el hombro o la mano. Ester intenta comerse su cena con él a su lado, y yo, que tengo al otro sentado junto a mí, no puedo evitar mirarle la pelusa de la calva que se agita con el aire acondicionado.

Después de comer entramos al cine. Los veinte de golpe. Pierdo a Ester entre la multitud y Tony se pone detrás de mí. Nos empujan hacia los asientos. Me agobio y entro en una fila para sentarme; veo a Ester y le hago una señal. Por fin nos acomodamos y, no sé cómo, el «pelusilla» y el «tocabarrigas» están a nuestro lado.

Empiezan los anuncios. El «tocabarrigas» no deja de agobiar a mi amiga mientras en la pantalla anuncian *Cartas a Julieta*. El «pelusilla» comenta:

—Esa película tiene que ser exquisitamente bonita.

Ester me mira de reojo muerta de risa, y yo intento mirar la pantalla, pero no puedo, la pelusa de la calva sigue distrayéndome y estoy a punto de escupir saliva en mi mano y pasársela por la cabeza. Pero claro, no lo hago.

Una vez que termina la película, Ester y yo nos queremos largar, pero el grupito de veinte nos detiene en la puerta del cine.

—Os venís a la disco, ¿no? —comenta una.

Aparecen el «pelusilla» y el «tocabarrigas» cámara en mano y empiezan a hacer fotos. Sonreímos y posamos. El grupo se pone en marcha y, como la discoteca está cerca, vamos a pie. Ester y yo nos quedamos al final del grupo y nuestro paso es lento. Los veinte cada vez se alejan más. Caminamos despacio. Ellos tuercen en una esquina y los perdemos de vista. Entonces, Ester para un taxi, subimos y nos largamos.

Al día siguiente me llama mi amiga y me dice que mire la página del «pelusilla». Allí estamos las dos, en una fotografía, una a cada lado y él sonríe tanto que sólo se le ven las encías mientras nos rodea la cintura con sus brazos como si fuésemos un trofeo.

Soy impulsiva y aunque esta actitud casi siempre me reporta malos resultados, lo he vuelto a hacer y ayer llamé a Giovanni. No aprendo.

Estaba en Madrid. Ya había regresado de Italia y, por lo menos, la llamada me ha salido más barata. Le dije que me había encantado el detalle de la canción y que la había puesto como tono en mi móvil. Así, cada vez que me llame sonará su canción. Sí, sé que es supercursi, pero le hizo ilusión que se lo dijera. Y yo, poniendo voz de tonta y en plan culebrón sudamericano le digo:

—Tengo ganas de escuchar pronto esa canción, así que... ya sabes.

Él se ríe, aunque no sé si de la frase o de mí. Entonces me pregunta:

—¿Cuándo vas a venir a Madrid a conocerme? Casi me da un soponcio.

- —Y ¿por qué no vienes tú?
- —Porque te lo he pedido yo primero. Te enseñaré la ciudad, cenaremos en un buen restaurante y nos pasaremos la noche charlando con dos botellas de buen vino sobre la mesa. Dime, ¿cuándo vas a venir, bella? Mi casa es tuya.

Ir a Madrid a una cita con un desconocido suena muy romántico en un novela, pero puede convertirse en una pesadilla. ¿Y si es un psicópata descuartizador de mujeres?

Mi amiga Sandra me ha dicho que si quiero se ofrece voluntaria para acompañarme y que podemos ir a casa de una amiga suya para ahorrarnos así el hotel. ¿Cuánto me puede costar un billete de avión un fin de semana? ¿Y el de Ave? Lo que tengo claro es que no quiero alargar esta situación. Quiero conocerlo en persona y no estar hablando por teléfono con alguien a quien estoy convirtiendo en el objeto de mis deseos a ciegas.

Ya he decidido mentalmente que voy a ir a Madrid a conocer a Giovanni, aunque todavía no se lo he dicho y le voy dando largas y haciéndome un poco de rogar. Pero ya estoy de los nervios. Ahora sólo tengo que cuadrar fechas con mi amiga Sandra y decidir qué fin de semana vamos. Ya he empezado a imaginar cómo será el encuentro. Si voy en tren puede que esté esperándome en el andén con un ramo de flores, como una escena en blanco y negro sacada de la película *Casablanca*.

Mientras tanto y para aprovechar el dinero invertido en esto de las citas, he quedado dos veces con un chico. Todo un récord para mí.

Sinceramente, no me conviene. Es un poco «quinqui», un «macarrilla», y encima lleva la foto de su ex en la cartera. Eso sí, es muy gracioso, guapo y besa muy bien.

Aunque casi mejor hablo de él en pasado. Porque esta tarde me ha enviado un mensaje, uno más de los muchos que recibo de él durante el día. El caso es que esta tarde le he contestado con otro mensaje.

Le he escrito:

Tengo ganas de verte.

Así, simple y sencillo. Él me contesta:

Lo siento, pero creo que todavía no estoy preparado para tener una relación.

Me he quedado de piedra y le he respondido:

Igual no has leído bien mi mensaje, porque te he dicho que tengo ganas de verte, no de conocer a tus padres.

No me ha contestado. No entiendo nada, aunque la verdad, como decía Rhett Butler: «Francamente, me importa un bledo».

Este fin de semana me voy con Ester y Marc a una casita rural en un bonito pueblecito del Pirineo catalán. El lugar es precioso, de postal. Lo malo es que la cabaña está un poco apartada del pueblo y para llegar hay que ir en coche por una carretera de tierra, cruzando por un bosque unos diez kilómetros de distancia.

Sobre las nueve de la noche, mientras chateo con Giovanni, mis amigos me avisan de que van al pueblo a comprar unas pizzas, y yo, que estoy emocionadísima hablando con el italiano, decido quedarme. Soy muy miedosa pero no creo que tarden mucho y, como estoy entretenida con la conversación pienso que no va a pasar nada.

A los diez minutos de irse mis amigos al pueblo, se va la luz y se corta la conexión a internet. La oscuridad es casi total en la casa. Me entra un miedo súbito y empiezo a acordarme de esas películas americanas en las que un grupo de chicos son asesinados y descuartizados por algún tío con máscara en una casa solitaria y apartada como ésta. Enciendo mi móvil para usar su luz como linterna y me pongo a buscar velas en los muebles. Cada vez que abro un cajón o una puerta, suena un chirrido que me pone los pelos

de punta. La próxima vez, antes de deshacer las maletas, engraso todas las bisagras. No encuentro velas. Se me acelera el corazón y oigo ruidos por todas partes. Estoy tan asustada, que ni loca me muevo del lugar en el que estoy. Llamo a mis amigos pero no nos entendemos bien porque hay zonas sin cobertura. Cuando está a punto de darme un ataque al corazón, suena mi móvil: es Giovanni.

- —Se ha ido la luz y estoy muerta de miedo.
- —Tranquila —me dice—, baja al pueblo y dirígete a algún bar.
- —¿El pueblo? Tengo que cruzar un bosque para llegar, ya te lo he dicho antes.
 - —Sí, es verdad —responde— pues... canta.
- —Para cantar estoy ahora. ¿Por qué me pasa esto a mí? Tendría que haber ido al pueblo con ellos. Seguro que por esta zona tienen el típico loco y seguro que hoy le da por salir a la caza de chicas solas.

Y entonces, Giovanni, empieza a cantarme una canción.

Ninna nanna, ninna oh,
Questo bimbo a chi lo dò?
Se lo dò alla Befana,
se lo tiene una settimana.
Se lo dò all'uomo nero,
se lo tiene un anno intero.
Ninna nanna, ninna oh,
Questo bimbo me lo terrò.
[1]

Es una canción de cuna que le cantaba su madre para dormir.

¡Qué bonito! ¡Qué encanto! ¡Qué dulce! Me concentro en su voz, e increíblemente, me olvido de que estoy sola y aislada en una casa en medio del bosque.

Al poco tiempo llegan mis amigos, cenamos las pizzas a la luz de unas velas y el resto de la noche lo paso flotando en una nube.

Las chicas de la consulta del dentista son unas celestinas y yo, que me dejo liar con facilidad, he accedido a tener una cita a ciegas

con otro cliente. Me dijeron que era hindú y como lo exótico me pone, no pude negarme. ¡Qué leches! Confieso que de inmediato me imaginé a Sandokán, el guapo protagonista de una serie de hace un montón de años.

Me dieron su teléfono y lo llamé sin perder tiempo. ¿Para qué alargar la incertidumbre? No me contestó, pero al rato me devolvió la llamada. Estaba sorprendido, y más de que hubiera tomado yo la iniciativa; más bien parecía molesto y me dijo que pensaba llamarme en unos días ya que las chicas de la consulta también le habían pasado mi teléfono. ¿Este tío de dónde ha salido, de la película *Orgullo y Prejuicio*? En fin, no me anduve con remilgos y le propuse vernos al día siguiente. Aceptó, no muy ilusionado, y nada más colgar me arrepentí de haber quedado con él.

Y aquí estoy, de camino a mi cita mientras una vocecita dentro de mi cabeza no deja de hacerme preguntas: «¿Qué demonios estás haciendo? ¿Otra cita a ciegas? ¿Qué te pasa, es que no has tenido bastante hasta ahora? No vayas, no vayas, no vayas». Pero paso de la voz y voy.

Llego antes que él al lugar en donde hemos quedado, avenida Diagonal con Paseo de Gracia, frente al Palau Robert y ni siquiera me molesto en ocultarme para verle primero o que me vea él y se marche porque ya tengo un mal presentimiento.

Mientras espero observó a los chicos que se me acercan. Éste es guapo, aunque no tiene aspecto de indio: ven, acércate. ¡Mierda!, se larga. Vaya ¡qué feo es éste! Ni se te ocurra pararte, largo, largo, no te pares, ¡no te pares! Otro chico se acerca a mí, es muy moreno, con aspecto desgarbado y pienso, mierda, ¿a qué va a ser éste? No, por favor. ¡Largo, largo, no te pares! Pero éste viene directo hacia mí. Pues, vaya mierda, éste se parece a Sandokán en el negro del pelo. Y, para rematar, la vocecita dentro de mi cabeza empieza gritarme: «¡¿Qué te he dicho?!». ¡Qué no vinieras! ¡Qué no vinieras! ¡¿Por qué has venido?! Maldita vocecita, siempre acaba teniendo razón. Pero ya es demasiado tarde. No puedo salir

corriendo. Me ha visto mirarle fijamente. ¿Se habrá dado cuenta de mi cara de horror?

Mi Sandokán exótico es idéntico a Antonio Ozores pero en moreno y con flequillo estilo gladiador romano.

Nos saludamos y mientras me pregunta a dónde quiero ir, yo no puedo dejar de pensar en cómo diablos me voy a quitar a este tío de encima.

Bebida gratis, conversación aburrida y otra mentira para largarme.

Ya tengo fecha para ir a Madrid a conocer a Giovanni; será el sábado 20 de noviembre, así que ya es hora de aprovechar el descuento que tengo por trabajar en Zara y voy a buscarme un conjunto de ropa, de esos que quitan el aire, para la ocasión.

Mi amiga Eva, feliz mujer casada y madre de un niño, me ha pedido que la acompañe a comprar un regalo para una despedida de soltera. ¿Cuál era el regalo elegido? Un consolador. Y tras echarlo a suertes le ha tocado a ella ir a comprarlo. Y como sé que mi amiga es muy vergonzosa y lo pasa mal con estas cosas, la he acompañado.

Nos hemos plantado en las Ramblas de Barcelona, cerca de la parada del metro de Drassanes, muy cerca del puerto y hemos entrado en un *sex shop* llamado Sex Center, un local muy bonito y colorido que no tiene nada que ver con la imagen oscura y pecaminosa que tenemos de estos establecimientos.

—Tú pon cara de mujer segura, vamos, como si fueras una vendedora de *tupper sex* —le digo.

Pero la expresión de Eva es una sonrisa forzada que más bien parece que esté estreñida.

—Por favor —me ruega—. hagámoslo rápido.

Tienen de todo. Hasta cosas que ni sabía que existían, como dos brazos hasta el codo, uno con el puño cerrado y el otro con todos los dedos estirados y apiñados. ¿Qué harán con eso? Mejor no saberlo.

—Y ¿esto es para dar placer o para que te torturen? —pregunta Eva.

Seguimos curioseando en las vitrinas, observando los artilugios mientras mi amiga, nerviosa, mira a un lado y a otro como si la estuvieran persiguiendo.

- —Relájate —le digo.
- —¡Qué asco! —responde Eva haciendo un gesto de cabeza hacia unos hombres—. Mira a esos guarros echando moneditas en las cabinas, no me quiero imaginar lo que hay dentro.
- —Estamos en un *sex shop*, ¿qué quieres que hagan, jugar con la Wii?
 - —Venga, elijamos un cacharro de ésos y larguémonos ya.
- —Pero ¿cuál? Hay tantos. ¿Qué quieres? Medida estándar, mediano, afro, superextra —le digo señalando los que hay detrás del cristal.

Eva, con cara de horror, me pega un tortazo en la mano y me dice:

—¡No señales!

Seguimos el recorrido y entonces veo detrás de ella, al fondo, una zona de bar con chicas bailando en las barras, como en las películas y señalo sobre su hombro.

-¡Qué fuerte!

Eva me mira, con los ojos como platos, horrorizada.

- —¿A quién has visto? ¿A quién?
- —A nadie, tranquila, date la vuelta. ¿Vamos un rato al bar? —le propongo.

Casi me mata. De repente, se va hacia la dependienta y le dice qué consolador quiere, ésta lo saca, le pone las pilas y empieza a explicarle cómo funciona, que si este botón es para que gire, éste para más velocidad... Eva lo coge, lo mete en la bolsa, sin caja y sin quitarle las pilas y le da la tarjeta para que se lo cobre.

—Ya lo envolveré en casa —me dice agobiada.

Subimos al autobús abarrotado de gente e intentamos cruzar el pasillo para ir al final. Una señora no nos deja pasar y la bolsa que

lleva Eva con el consolador se queda atascada entre nosotras y la señora. Entonces, la señora nos da un empujón, la bolsa cae al suelo y va a parar a los pies de un chico, todo hay que decirlo, bastante guapo. Éste se agacha y se la devuelve a Eva, pero entonces, la bolsa empieza a moverse sola. Horrorizada, tira de ella pero él no la suelta e intenta mirar lo que hay dentro. Al caer al suelo, el consolador, que estaba fuera de su caja y con las pilas puestas, se ha puesto en marcha y ha empezado la fiesta él solo. Eva tira de la bolsa para que el chico la suelte, pero lo hace con demasiada fuerza, la bolsa se rompe y el aparato cae al suelo, justo a los pies de la señora. Ésta lo aparta dándole una patada.

—¡Gentuza! —grita la señora—: ¡Qué asco de juventud!

Eva se agacha y coge el consolador.

—¡Joder señora, que me ha costado ochenta euros, no lo pise!

Todo el autobús se entera del incidente y somos objeto de miradas y risas, así que en cuanto las puertas se abren, aunque no es nuestra parada, nos bajamos.

Este va a ser un regalo con anécdota incluida.

Ya es sábado, el día que voy a Madrid a conocer a Giovanni. No puedo soportar los nervios que tengo. Sólo con pensar que voy a conocer a Giovanni y que tengo que coger un avión, el corazón se me sale del pecho, por lo que decido tomarme medio ansiolítico.

Ya lo he hecho otras veces cuando he tenido que volar y me ha ido muy bien. Me deja en plan: ¿hay turbulencias? y a mí qué. ¿Se ha incendiado un motor? Y a mí qué. Así que llego a Madrid algo drogada.

Cogemos un taxi en el aeropuerto y vamos directamente al piso de Olga, la amiga de Sandra, que es un quinto sin ascensor y con el maletón que llevo de ropa subir resulta una tortura.

A las dos de la tarde, llamo por teléfono a Giovanni. No me contesta y entro en pánico.

Sandra y Olga intentan tranquilizarme, pero yo sólo puedo recordar la sensación que tienes cuando te dejan plantada, cosa que ya me ha ocurrido dos veces y como dice el refrán: no hay dos sin tres, pues estoy casi convencida de que ésta es la tercera. A las tres de la tarde lo vuelvo a llamar pero tampoco me coge el teléfono, así que a las cuatro, cuando todavía no sé nada de él, estoy casi segura de que voy a suicidarme.

Volvemos al piso después de comer en un lugar muy chulo llamado VIP'S. Me tumbo en el sofá sintiéndome idiota, muy idiota y al rato suena mi teléfono y me da un subidón al instante porque sé que es él, la canción que suena es $T\acute{u}$, de Umberto Tozzi. Antes de responder respiro hondo unas cuantas veces para tranquilizarme y que no note que estoy histérica. Hago que mi voz suene en plan: ah, eres t \acute{u} ...

—Lo siento —se disculpa—. Estaba en el gimnasio y no llevaba el móvil encima.

Yo lo habría llevado hasta en la ducha.

- —¿Ya estás en Madrid? —me pregunta.
- —Claro. He estado dando un paseo con mis amigas, visitando la ciudad —le miento.
 - —¿Quedamos a las ocho en Callao? —me propone.
 - —Vale —le respondo, sin mucho interés.
 - -Entonces, hasta luego, bella.

En cuanto cuelgo empiezan los preparativos. Me he llevado un montón de ropa a Madrid. La saco toda y comienzo a probarme modelitos delante de Sandra y Olga. Finalmente elegimos una blusa blanca con una falda gris y unos zapatos *peep toe* negros.

El pelo me queda genial, el maquillaje perfecto y los ánimos a tope. El tiempo pasa volando y llega la hora de salir. Pero estoy tan nerviosa que siento cómo me tiembla todo el cuerpo y decido tomarme el medio tranquilizante (antes de elegir vestido ya me había tomado medio). A los diez minutos estoy flotando en una nube y riendo como una tonta.

—Tía —me dice Olga—, ¿estás bien?

- —Sí, claro. ¿Por qué?
- —Porque parece que te hayas fumado dos porros.
- —¿En serio? —le pregunto, asustada.
- —Tú intenta abrir más los ojos y sonreír menos.

Como no conozco Madrid, Sandra y Olga se ofrecen a acompañarme hasta Callao, aunque creo que es por la curiosidad de ver a Giovanni. Cogemos el autobús y yo debo de estar bastante mal porque Sandra no deja de mirarme con cara rara y de preguntar si estoy bien.

Como es pronto, nos paramos en algunas tiendas y, como no puedo caminar más rápido por culpa de los tacones y de los ansiolíticos, me voy quedando atrás y sólo puedo concentrarme en no perder de vista el abrigo verde de Olga. Éste es mi punto de referencia.

Entramos en una zapatería y me quedo mirando fijamente unas botas. Creo que debo de estar así unos diez minutos hasta que mis amigas vienen a buscarme. Al fin llegamos a Callao. Ellas se alejan y yo me quedo esperando detrás de una especie de arbusto, en unos bancos. Veo a Sandra y a Olga detenerse a unos metros. Están esperando a que Giovanni aparezca.

A los pocos minutos, veo cómo Sandra mira a su derecha y pone cara de horror. Me asusto de inmediato porque ella ha visto a Giovanni en fotos y sabe cómo es. Sigo su mirada y veo a un tío, gordo y desaliñado, sentado en un banco y mirando de un lugar a otro. Dios, pienso, no puede ser ése, no. Entonces, suena mi móvil, es Sandra.

—Tía, creo que es ése —me dice, mirando hacia el banco donde está el tío gordo y desaliñado—, y es horrible.

Pero yo no consigo fijar la vista por el efecto de la pastilla.

- —¿Estás segura? —le pregunto.
- —Creo que sí.
- —No me fastidies. Me quiero morir...
- —No tienes por qué ir. Vámonos.

- —No. No me puedo ir. No puedo darle plantón. Es horrible que te dejen plantada.
 - —¡Pero te ha mentido! ¡Míralo!
 - —Me quiero morir, me quiero morir...

Entonces alguien me toca el hombro.

—¿Por qué te quieres morir? —me pregunta una voz conocida.

Me vuelvo y allí está él: Giovanni, el auténtico y es muchísimo más guapo que en la foto. Hasta le da un aire al actor Eric Bana.

Estoy paralizada pero Giovanni me da dos besos con timidez y yo le doy un abrazo estilo maternal, balanceándolo de un lado a otro como hacen las abuelas, con suspiro incluido. En cuanto me doy cuenta de lo que estoy haciendo, le suelto. Pero es que estoy tan contenta de que se haya presentado y de que esté bueno, que no he podido evitarlo. Pero también sé que mi comportamiento se debe a los efectos de la pastilla que me hace perder la vergüenza.

- —Bueno, ¿qué tal, bella?
- —Bien. Y tú ¿qué tal?
- —Bien. Que frío, ¿no? —dice encogiendo los hombros.
- —Mucho.
- —¿En Barcelona también? —pregunta Giovanni.
- —Bueno, ya sabes, al tener el mar cerca es diferente.
- —Oh, el mar. Me encanta.
- —Y a mí.

Tengo que concentrarme en poner un pie delante del otro para no caerme, ya que sigo con los mismos síntomas relajantes. Entramos en una cafetería y nos sentamos. Me pediría una manzanilla, que con el frío que hace es lo que más me apetece, pero paso porque tengo miedo de que entre una y otra cosa, Giovanni tenga una idea equivocada de mí, así que mejor pido un refresco. Él se pide un café solo, cosa que me parece muy varonil. Lo veo nervioso, mirando constantemente alrededor. Pero yo estoy tranquila, muy tranquila. Los efectos de la pastilla me hacen estar un poquito chulita y sobrada, y no dejo de mirarle fijamente a los ojos, vamos, como si no me gustara en absoluto.

- —Aquí estamos —dice Giovanni, sonriendo.
- —Por fin.
- —¿Soy como te esperabas?
- -Mejor -contesto guiñándole el ojo. No sé qué me pasa.
- —¿Y yo? ¿Soy como te esperabas?
- —Te lo diré más tarde.
- —¡Eh! —me quejo golpeándole el hombro—. Eso no vale.

Me encanta su acento italiano y cómo gesticula con las manos. Entonces, no sé por qué, le pellizco la mejilla y le digo:

—Te veo nervioso y te estás poniendo rojo.

Este estado me gusta, soy como una femme fatale.

Giovanni, se pone más rojo y nervioso, y yo me siento segura porque interpreto que eso quiere decir que le gusto.

—No seas tan mala conmigo —dice Giovanni riendo.

Entonces, por tercera vez desde que hemos llegado a la cafetería me llega un mensaje al móvil.

—Anda, contesta a tus amigas y diles que se queden tranquilas, que ya has conocido al hombre de tu vida —dice Giovanni con aires de don Juan.

Son ellas preguntándome qué tal. Se me escapa una sonrisilla.

—Venga, contesta, puedo esperar.

A los quince minutos de estar en la cafetería, Giovanni me propone ir a cenar; yo no esperaba menos, claro. Salimos a la calle y caminamos un rato. ¿Adónde me llevará?, ¿a un italiano?, ¿a un vasco?, ¿a una brasería?

- —¿Adónde vamos? —le pregunto.
- -Es una sorpresa.

Veo que se acerca a un coche, un Seat Ibiza y lo abre con un mando a distancia. Mierda, no puedo subirme al coche con un tío que no conozco. Vuelvo a romper una de mis reglas. El automóvil está limpio, huele a ambientador y tiene colgado en el retrovisor unos guantes de boxeo en miniatura.

Hablamos animadamente mientras atravesamos Madrid pero entonces veo que salimos por la M-30 y me empiezo a preocupar,

¿no hay restaurantes en Madrid? No tendría que haber subido, no debería romper mis propias reglas.

Él sigue hablando y yo miro a mi alrededor algo molesta. Hemos dejado la ciudad atrás y las luces de la M-30 y recorremos una carretera que cruza el campo, mal iluminada y con pocas casas a la vista. Tengo frío y con el miedo que empieza a apoderarse de mí, he de esforzarme para no temblar. Quiero decir alguna cosa graciosa para dejar de sentirme asustada y le suelto:

—Oye, no intentarás asesinarme y dejarme tirada en medio del bosque, ¿verdad?

Giovanni me mira, alucinando.

- —¿Qué?
- —Es que como siempre le digo a mis amigas que no se suban al coche de un desconocido por lo que pueda pasar y yo lo he hecho, ahora estoy asustada.
 - —¿En serio?
 - —Sí.

Giovanni se ríe, cosa que me relaja.

- —No es lo que tengo pensado para esta noche.
- —Me quedo mucho más tranquila. Porque éste sería el lugar perfecto para esconder un cadáver.
 - —Tienes razón —dice Giovanni—, mejor no me des ideas.
 - —¿Por qué vamos tan lejos?
 - —Es un sitio donde cocinan muy bien.
 - —Perfecto.

Y seguro que hay cientos de restaurantes en Madrid en los que también se come muy bien. Pero no voy a poner pegas ni a quejarme, hoy voy a disfrutar de la noche.

Entonces Giovanni detiene el coche a un lado de la carretera, se baja y abre el maletero. Ahora sí me asusto y pienso que ha ido a buscar el hacha. Pongo la mano en la manija para abrir la puerta y salir corriendo cuando él cierra el maletero y vuelve con una manta.

—Toma —me dice—. Llevas un rato tiritando. Te pondría la calefacción pero no funciona.

¡Qué paranoia que llevo desde que me tomé aquella maldita pastilla!

Seguimos por donde íbamos y Giovanni pone música relajante y empieza a hablarme de Italia. Me cuesta tener los ojos abiertos. Al fin nos paramos al lado de un Hotel-Restaurante. Me mosqueo ¿por qué hemos venido a un Hotel-Restaurante a una hora de Madrid? Al menos es bonito y no parece de camioneros.

Me desperezo debajo de la manta y Giovanni me mira, con ojitos, me acaricia la cara y me dice:

—No sé si pedir mesa o llevarte directamente a la habitación.

Al oír la frase de llevarme a la habitación me quedo con la boca abierta.

Pero tú ¿de qué vas? Unas llamadas de teléfono, un café y un paseo en coche y ¿te crees que ya me tienes en el bote?

- —No me malinterpretes, quiero decir llevarte a una habitación para que duermas porque llevas medio camino bostezando.
 - —Ah, vale —sonrío como una boba.

Entramos en el local y nos dan una mesa en uno de los laterales. El sitio no está mal pero después del viaje me esperaba algo especial y aquí lo único especial debe de ser el churrasco de ternera. No entiendo la razón por la que hemos ido tan lejos.

En cuanto empiezo a leer la carta me doy cuenta de lo nerviosa que estoy y, cuando estoy así, no puedo tragar ni un garbanzo. Así que lo mejor será que pida algo ligerito, como una sopa de primero y una ensalada de segundo.

—El churrasco que hacen aquí está buenísimo. ¿Te apetece que pidamos para los dos?

Después de la excursión no quiero hacerle el feo de decirle que no. En fin, voy a pasar la noche chupando un hueso, haciendo que como.

Nos traen la cena, Giovanni ha pedido ensalada de primero y yo sopa. Mala elección, en cuanto cojo la cuchara la mano me tiembla como un flan. Me tomo la sopa mientras no dejo de hablar para distraer su atención y que no se fije en mi mano. Traen el segundo,

un montón de carne asada. No sé por dónde comenzar. ¿Por qué algo tan rutinario como comer se convierte en una acción extremadamente complicada cuando empiezas a salir con alguien que te gusta mucho? Hablo y hablo: del trabajo, de la familia, de los amigos, del futuro, bla-bla-bla, mientras él come y yo soy como una cotorra hasta que llegamos a los postres.

- —Bueno —le digo—. Ahora me callo y hablas tú.
- —No, *bella*, me gusta oírte hablar. Eres muy divertida e interesante.
 - —Pero ahora yo quiero saber cosas de ti.
 - —Si ya lo sabes todo de mí.
- —Mentiroso. No sé nada de ti. Nuestros temas de conversación por teléfono son muy superficiales. Así que venga, cuenta.
 - —Vale, pues pregunta lo que quieras saber.
 - —¿Te gusto mucho o poco?
 - —Me encantas. Eres directa —dice mientras ríe.
 - —¿Mucho, poco o nada?
 - —Tú ¿qué crees?
 - —No vale contestar a una pregunta con otra pregunta.
 - —Es que me pones nervioso.
 - —Mentiroso.
 - —¿Siempre eres tan directa con los chicos?
- —Sólo con uno —respondo poniéndome seria para darle importancia al momento.

Pero entonces ocurre algo que no me espero. Él se pone sumamente serio, se lleva las manos a la cara y se las pasa por el pelo con gesto de preocupación.

- —¿Te pasa algo?
- -No.

Giovanni llama a la camarera. Ésta se acerca y él le pide la cuenta.

—Venga, nos vamos. Si me dices la dirección de la casa de tu amiga, te llevo.

¿Me llevas? Pero ¿qué pasa? ¿Es que no vamos a subir a una habitación? Llevo puesto un conjunto de ropa interior carísimo que me compré y la única forma de justificar lo que me ha costado es que me lo quite un tío como tú.

—Pero ¿qué pasa? —le digo.

Silencio.

—Lo siento, te he mentido —me suelta.

Mi corazón se dispara.

—Estoy casado.

¡Casado! ¿Qué? Me quedo de piedra mirándolo sin poder decir palabra.

- —Lo siento —dice Giovanni, gesticulando con las manos—. Siento mucho haberte mentido, pero es que me gustas tanto que no puedo seguir haciéndolo. Y, tengo una explicación para ello, hay un porqué que quiero que sepas.
- —Ahora entiendo porque me has traído tan lejos de Madrid —lo interrumpo—. No querías encontrarte con nadie, ¿no?
 - -Lo siento, de verdad.
 - —Vete a la mierda.

Mi corazón va a estallar. Tengo un tambor dentro de mi cabeza y me tiembla todo el cuerpo. Qué idiota me siento, ¡qué idiota!

Me levanto y salgo del restaurante. Giovanni me sigue hasta el aparcamiento. Abre el coche con el mando a distancia y los dos entramos en el vehículo. Yo miro por la ventanilla porque no quiero mirarle a la cara y que se dé cuenta de que estoy a punto de romper a llorar.

- —Necesito que me escuches. No quiero que te vayas pensando que soy un cabrón.
 - —¿No lo eres?
- —Supongo que algo sí. Podría no habértelo dicho, haber subido a una habitación y haber dejado que volvieras a Barcelona sin saberlo.
- —Vaya, si ahora resulta que eres de lo más legal. Supongo que has tenido un arrebato de sinceridad, ¿no?

—No. Supongo que me gustas demasiado y que no quiero hacerte daño.

Me vuelvo con toda la cara de odio que puedo poner.

- —Te pido por favor que me escuches, bella.
- —¡Y yo te pido que no me llames así, que cierres la boca y que me lleves a Madrid ya!

No decimos ni una palabra más durante todo el trayecto de vuelta. El viaje se hace interminable y sólo tengo ganas de llorar, pero no quiero hacerlo delante de él y que se ponga en plan tierno a consolarme; simplemente no lo soportaría.

En cuanto entramos en Madrid me pregunta la dirección de la casa de mi amiga para llevarme, pero yo no le contesto y cuando se para en un semáforo intento abrir la puerta para salir, pero los seguros están puestos.

- —Abre.
- —Dame la oportunidad de explicártelo...
- —Que abras la puerta.
- —Vale, sé que ahora estás muy enfadada para escucharme pero mañana estarás más tranquila y cuando hayas pensado durante la noche que podría haber seguido con la mentira y que no lo hice, comprenderás que eso tiene algún valor.
- —Y ¿qué me vas a decir? ¿El cuento de siempre?, ¿que estás separándote?
 - -No.
 - —No me interesa, abre la puerta.
- —Mañana a las once te espero en Callao para darte una explicación. Si no vienes, no volverás a saber nada más de mí.

Giovanni quita los seguros y yo salgo disparada. Camino durante un rato y lloro mientras algunas personas me miran de reojo. Me detengo y abro mi bolso para coger un pañuelo, el paquete se me cae al suelo y cuando me agacho a recogerlo, veo que estoy pisando una placa, me echo hacia atrás y mis zapatos *Peep Toe* negros dejan de pisar el kilómetro cero. Entonces levanto la cabeza y me doy cuenta de que estoy delante del edificio de la Casa de Correos, en la

Puerta del Sol. Me pregunto, sin dejar de mirar la inscripción en el suelo, si esto será una señal para que empiece de nuevo, para que me olvide de él.

Busco un taxi y vuelvo al piso y me paso la noche con los ojos abiertos mirando el techo buscando un motivo para ir a su encuentro al día siguiente, pero mi amor propio es más fuerte y me grita que no, cada vez que asoma en mi mente alguna duda.

Sandra y Olga llegan de madrugada de una fiesta, les cuento lo ocurrido y las tres llegamos a la firme conclusión de que es un impresentable, por no escribir los tacos auténticos que soltamos. Nos vamos a dormir sobre las ocho de la mañana y una hora después yo me levanto, me visto y salgo por la puerta en dirección a Callao.

Ahí está él con un abrigo de color *camel* y una gorra de pana oscura apoyado en el ascensor del metro. No puede verme porque estoy escondida detrás de uno de esos carteles publicitarios enormes. Ya son las once y cuarto de la mañana. Me debato entre dudas: ¿voy o no voy? Quiero ir y que me lo explique. Pero como me gusta tanto sé que me voy a creer cualquier mentira que me cuente. Tengo claro lo que quiero. Quiero un novio. Una relación normal. No un amante.

Me quedo allí plantada, mirándolo. Giovanni mira varias veces el reloj y también mira alrededor mientras yo me encargo de que no me vea, escondiéndome.

Ya ha pasado una hora. Giovanni se levanta las solapas de su abrigo, se ajusta la gorra y se marcha. Yo sigo aquí y lo veo alejarse mientras mi cabeza le dice a mi corazón que éste es el final de la historia.

De vuelta a Barcelona no tengo ganas de nada. Aunque Sandra se ocupa de que no me quede sola en casa y la otra noche me llevó a cenar a un restaurante en la zona del puerto.

Con mis ánimos por el suelo, más abajo que la planta baja y en lo más profundo de las profundidades, no dejo de quejarme.

—La vida es una mierda. Estas cosas siempre me pasan a mí, no quiero saber nada de los hombres.

Sandra me escucha pacientemente mientras se come su cena.

—El camarero no deja de mirarte —dice Sandra con un tono musical en su voz—, creo que le gustas.

Levanto la vista y veo, por primera vez, al camarero que ya se lleva el segundo plato. Es guapo. Pelo castaño claro, ojos de color miel, sonrisa perfecta y cara de simpático.

- —Anda, dile algo —dice Sandra.
- -No tengo ganas.
- —Venga, haz un esfuerzo, por mí.
- —La sección de «ligues» ha cerrado por quiebra.
- —Ya hemos hablado mucho del tema y tenemos claro que Giovanni no es una buena opción. Además, ya sabes que un clavo saca otro clavo.

Sólo escuchar su nombre, me da un pinchazo en el estómago.

El camarero me mira y me sonríe sin vergüenza. Bueno, igual debería de hacer un esfuerzo. Cuando se acerca para tomar nota de los postres, respiro y le digo enseñándole la carta:

- —Perdona, quiero hacerte una pregunta.
- -No estoy casado -responde él.

Me quedo en blanco.

Sólo quería preguntarle por un postre para entablar conversación, pero ahora estoy muda y Sandra salva la situación preguntándole no sé qué. Voy al baño y cuando vuelvo nos trae el postre una chica. No vuelvo a verlo.

Durante el camino de regreso a casa, Sandra insiste en que tengo que hacer un esfuerzo por animarme. Pero la verdad es que no puedo dejar de pensar en Giovanni y cada vez tengo más curiosidad por saber su excusa. Ésta será otra noche en la que me despertaré varias veces sintiendo que algo no va bien, que la tristeza me invade y cuando abra los ojos pasarán unos segundos hasta que recuerde por qué es.

Sé que debo acabar con esta situación y volver a ser yo. Me he levantado después de haber tomado dos decisiones importantes. La primera es que mañana voy a escribir mi nombre y mi número de teléfono en un papel y voy a ir a buscar al camarero para dárselo. ¿Qué puedo perder? Y la segunda es que voy a llamar a Giovanni; necesito saber la excusa aunque sólo sea para decir que yo tenía razón.

Aquí estoy, en el restaurante del camarero «sonrisas», con un papel escrito con mi nombre y mi número de teléfono, mis botines de taconazo con los que me siento muy segura y Sandra, mi fiel amiga, empujándome hacia la entrada del local. De repente, me entra el pánico y me arrepiento.

- —Espera, ¿qué estoy haciendo? Seguro que ni se acuerda de mí.
- —Ahora no vas a irte. Tú misma lo has dicho ¿qué puedes perder? Vergüenza no te queda. En el buen sentido de la palabra, quiero decir.

Son las cuatro y media de la tarde. Voy a esperar a que el empleado de la entrada, el que asigna las mesas, se marche. No tarda ni cinco minutos en hacerlo. Allá voy. Cojo aire y voy directa al interior. El corazón me late de prisa. Cuando estoy dentro ¡sorpresa! No hay una alma: ni camareros, ni clientes.

- —Vámonos —dice Sandra.
- —Tengo que darle mi teléfono, necesito hacerlo, eso me mantendrá distraída y no pensaré tanto en Giovanni.

Entonces, veo a uno de los camareros en una esquina del local fumando. Lo reconozco por el uniforme. Voy directa hacia él.

- —Hola —le digo—. Busco a un compañero tuyo.
- —Dime a quién.
- —No sé cómo se llama.

El chico me mira de arriba a abajo y suelta una sonrisa. Creo que se huele que esto va de amores.

—Es rubio y tiene los ojos de color miel, muy claros.

Menuda descripción. Éste debe de pensar o que soy una chica superlanzada o una desesperada, y entonces espero a que deje de mirarme como si él fuese mejor opción.

- —Tiene que ser Darko. ¿Quieres que vaya a buscarlo?
- —Sí, gracias.

¡Mi madre! ¿Darko? ¿Qué clase de nombre es ése? ¿Será de origen ruso? No recuerdo que tuviera acento extranjero. ¿Qué pasa últimamente con el producto nacional? Bueno, al menos no es italiano.

La espera se hace interminable. Mira que si sale otro, me muero. Pierdo la seguridad sobre mis tacones, he empezado a temblar y me sudan las manos.

Entonces, sale Darko: es mi camarero. Viene directo hacia mí sonriendo y me da dos besos.

- —Hola —le digo—. ¿Te acuerdas de mí?
- —Sí, claro —responde él.

Menos mal.

—Te he traído esto —le digo sacándome el papelito del bolsillo del pantalón—. Es mi número de teléfono por si te apetece llamarme un día de éstos y tomar algo.

Darko sigue sonriendo con cara de asombro.

- —Me llamo Lola.
- —Yo Darko.
- —Bueno, pues encantada. Nos vemos. Adiós.
- —Te llamaré.
- —Оk.

Me doy la vuelta y camino. Tengo en el estómago el motor de un coche de Fórmula 1 y quiero salir corriendo, pero me controlo. Sé que Darko me está mirando, así que camino con seguridad, contoneándome, es mi momento de seducción.

Llego hasta donde está Sandra esperándome. Allí Darko ya no puede verme, así que me pongo a dar saltitos y gritos chillones como una adolescente.

—¡Tía, qué fuerte! ¡Estoy loca! ¡Casi me da un ataque!

La experiencia ha sido como una montaña rusa.

Doy vueltas por mi piso, terminando de tomar un té verde, mientras me armo de valor para llamar a Giovanni. Con el último sorbo busco su número en la agenda de mi móvil. Una señal, dos, tres, descuelga.

- —Hola —dice Giovanni y pregunta—. ¿Qué tal, bella?
- —Creo que todo el mundo se merece la oportunidad de explicarse, te llamo sólo por eso.
 - —Te estuve esperando aquel día en Callao.
 - —Lo sé.
 - —¿Viniste?
- —Eso ya no importa. Tienes tu oportunidad si todavía te interesa darme esa explicación, así que habla.
 - —No es algo que se pueda explicar por teléfono.
 - -- Más excusas. Debí imaginarlo...
- —La próxima semana estaré en Barcelona para darte la explicación en persona.
 - —No es necesario. ¿No crees?
 - —Sí, sí que lo es, y quiero hacerlo.
 - —Ok.
 - —Te llamaré para decirte cuándo llego.
 - —Como prefieras.
 - —¿Ya está? ¿No quieres hablar más conmigo?
- —Esta llamada era sólo para que te explicaras, si no quieres hacerlo, no tenemos nada más que hablar.
 - —Muy bien —replica él, e intuyo una débil sonrisa.
 - —¿Te ríes?
 - -No.
 - —Así me ha parecido.
 - —Es que me gusta que seas tan dura.
 - —¿Eres masoca o te gusta que te castiguen?
- —Ni una cosa ni la otra. Me gusta que seas dura porque eso indica que eres una mujer de armas tomar.
 - —Ahora no es momento de cumplidos.

—No es un cumplido.

No me apetece colgar. Quiero seguir escuchándole, pero me obligo.

- —Pues hasta la semana que viene.
- -Ciao, bella.

Es una buena jugada por su parte, sólo espero ser fuerte y no volver a caer en su red.

El nombre de Darko me daba mal rollo, me suena al nombre de un capo de la mafia rusa, pero el chico me llamó esa misma noche y quedamos para el sábado.

Tomamos unas copas en los locales del puerto y charlamos un rato, aunque no me entero de la mitad de las cosas que me dice. No es por su acento, sino porque la música está muy alta.

- —Soy de Sarajevo, en Bosnia—Herzegovina. ¿Lo conoces?
- —Sí, claro —digo y pienso para mis adentros: son los capullos de Eurovisión que nunca nos votan.

En mi mente aparece Giovanni: Italia es más fácil de ubicar.

- —Hace diez años que vivo en España.
- ¿Me dijo Giovanni el tiempo que lleva aquí? Ahora no lo recuerdo.
- —Me gustan mucho los idiomas.
- ¿Qué le gusta al italiano?

Quiero silenciar mi mente, así que me atrevo y beso a Darko. Además ¿para qué darle más vueltas? Si no besa bien, me largo. Pero lo hace genial. De repente pienso que no sé cómo lo hace Giovanni.

- —¿Vamos a mi piso? —le propongo.
- —Claro —contesta, emocionado.

En cuanto llego al portal de la finca me arrepiento de estar allí con Darko. Preparo unos cócteles en la cocina mientras él curiosea en el salón. De repente, escucho música a todo volumen. Darko ha encendido la minicadena y está bailando.

—Baja la música o la vecina me matará.

- —Necesito tu opinión.
- —¿Acerca de qué?
- —Sobre un nuevo número que estoy creando.
- —¿Qué?
- —Soy *stripper*. Te lo he dicho antes.

Seguro que me lo había dicho, pero mi mente estaba pensando en otra persona. ¿Puedo tener peor ojo? No tengo nada en contra de los *strippers* pero soy más de informáticos.

- —¿Quieres hacer el número ahora? —le pregunto sorprendida.
- —Sí. No tengo muchas actuaciones últimamente. Así me dices qué crees tú que falla.
 - —Bueno, no he visto muchos espectáculos de desnudo...
 - -Mejor, sólo tienes que decirme si te excita.
 - —¿Te vas a quedar totalmente desnudo?
 - —Claro. El número completo.
 - -Vale, vale.

Genial, mojitos y *striptease*. ¿Qué más se le puede pedir a una noche de sábado?

-Necesito una toalla.

Me voy al dormitorio a buscar una, se la doy y Darko la mira con una sonrisa.

- —¿Esto es una toalla o una manta?
- —¿Qué pasa? Es tamaño familiar, una oferta de Ikea.
- —¿Te has pensado que soy David Copperfield y que te voy a hacer desaparecer? —dice, tirándome la toalla encima—. Anda, dame una de esas pequeñas, de tocador creo que las llamáis.

Darko coloca una silla en medio del salón y me sienta en ella. Busca en su bolso y saca un lápiz de memoria que inserta en el equipo de música. Empieza a sonar *You Can Leave Your Hat On*, de Joe Cocker.

¡Dios mío! Como no se le ha ocurrido a nadie utilizar esta canción para un *striptease...* Esto empieza mal, muy mal, y Darko se contonea y se mueve igual que Robocop. Está claro que el baile no es lo suyo. ¡Vaya mierda de coreografía! Los de *Full Monty* lo hacían

mil veces mejor. Me dan ganas de levantarme y gritarle: «¡La fama cuesta y aquí es donde vas a empezar a pagar!». Además, no es nada sexy quitándose la ropa, ni la agita, ni la lanza, ni la muerde. Entonces se desabrocha los pantalones, se pone de espaldas a mí y se los baja. Pero ¿qué es eso? Me horrorizo al ver un culo peludo. ¿Cómo pretende que alguien se excite con semejante horror? No tengo nada en contra de los pelos, pero si eres *stripper*, no puedes tenerlos en el culo. Se me ha ido la libido de un plumazo, pero él sigue con sus contoneos. ¡Ni te me acerques o te enchufo la Epilady!

Entre la canción que está más sobada que la barandilla del metro y el bosque que tiene en el trasero, no me extraña que no tenga actuaciones.

Entonces sin darme cuenta, mi casera y vecina, aparece apoyada en el marco de la puerta. Doy un grito del susto, Darko se vuelve sorprendido y se queda paralizado agarrándose la nuca.

- —¡Joder, joder, qué dolor! Me acaba de dar una contractura en el cuello —se queja el joven bailarín.
 - —No puede seguir entrando en mi casa así, sin llamar.
- —Tengo grupo de meditación y con este ruido es imposible alcanzar el Nirvana —dice la vecina con aires de diva de Hollywood.
- —Haga el favor de marcharse. ¿Estás bien, Darko? —Me acerco a él y le ayudo a sujetarse la toallita que tapa sus vergüenzas.

Darko se sienta en una silla respirando como una parturienta.

- —Anda, ven a mi piso y te doy unas friegas con un tónico muy bueno que tengo.
 - El joven camarero me mira extrañado y yo niego con la cabeza.
 - —No hace falta que te vistas —añade la vecina guiñándole un ojo.
- —Me voy a casa. Esto no se me pasa hasta que no me tome un antiinflamatorio y un relajante muscular.
- —Pastillas, así lo solucionáis todo —protesta la vecina marchándose.

Darko se viste con dificultad.

—Te llamo y me dices qué te ha parecido el espectáculo —me propone.

- —Ok. ¿Te pido un taxi?
- —Sí, por favor.

Me ha caído bien, así que le daré tres consejos: busca una buena canción, una buena coreografía y una buena esteticista.

Mientras me aliso el cabello con las planchas para ir a ver a Giovanni, tengo la sensación de que estoy a punto de meterme en un gran problema. Estoy casi arrepentida de haberle llamado y eso me hace pensar que es porque cada día que pasa las heridas duelen menos.

Entro en el bar del hotel en el que se hospeda y donde hemos quedado, temblando por dentro pero con la cabeza bien alta y caminando con pasos seguros.

Ahí está Giovanni, en una mesa apartada tomando un café. ¡Qué guapo está! Lleva un jersey de color azul oscuro y unos pantalones camel. No voy a caer en sus brazos, me repito a mí misma. De repente, un diablillo con cola y tridente, da saltitos sobre mi hombro y me grita:

«¡Tíratelo, tíratelo! Da igual lo que te explique, aprovecha la ocasión y tíratelo».

Antes de convencerme de esa idea, aparece sobre mi otro hombro un ángel con alas blancas y una aureola dorada sobre la cabeza y me dice:

«No lo hagas. Mañana te sentirías terriblemente mal. Ya sabes que no es eso lo que buscas».

Me acerco a Giovanni y me siento tras un seco «hola». Él hace ademán de levantarse, pero se vuelve a sentar, con gesto tímido.

- —¿Cómo estás, bella? —me pregunta.
- —Tengo prisa, así que habla.
- —No seas tan dura conmigo, aunque me lo merezca, por favor.

Me observa fijamente y yo intento aguantar su mirada. Tiene una expresión triste y abatida, como el gato de Shrek y me dan ganas de achucharlo y revolverle el pelo.

El diablillo sobre mi hombro vuelve a aparecer y me susurra: «Pero mira qué guapo... ¡Tíratelo!».

«No, no, no. Ni caso, sólo está actuando», replica el ángel.

- —¿Quieres tomar algo? —me pregunta Giovanni.
- —No. Oye, tengo que decirte que estoy arrepentida de haberte llamado. Realmente ya no me importa tu excusa.
 - —No te creo. Estás aquí.
 - «¡Qué listo y qué guapo es!», añade el diablillo.
- «Sólo es un don Juan y ha hecho esto miles de veces» puntualiza el ángel.
 - —Vale. Pues cuenta —le digo a Giovanni.
- —Conocí a mi mujer en la Universidad —comienza a explicarme mirando al suelo como intentando recordar—. Yo vine a estudiar empresariales y coincidimos en la misma clase. Nos enamoramos rápidamente y en cuanto terminamos la carrera nos casamos. Su padre tiene un negocio de ópticas y entramos a trabajar en la empresa. Al cabo de unos años, la empresa creció y se extendió por toda España y parte de Europa. Viajábamos mucho y siempre teníamos compromisos. Yo quería tener hijos pero mi mujer tenía otras prioridades. Pensé que todo eso con el tiempo cambiaría, pero no fue así...

«Mentira, todo mentira», canturrea el ángel dentro de mi cabeza.

«Qué boca más bonita tiene, qué labios», añade el diablillo después de darle un empujón a su rival.

—Con el paso de los años, esa persona dejó de ser la mujer de la que me había enamorado —continúa Giovanni—. Ya no era mi mujer, era una extraña que sólo pensaba en lo que ella quería y poco a poco la relación murió. Dejé de quererla. Dejé de desear estar con ella. Sabía que no podría mantener mi posición económica si me divorciaba, le di muchas vueltas, tardé tiempo en decidirme y un día vi claro que me daba igual todo, quería divorciarme y volver a mí país. Hace unos siete meses, cuando volvíamos de una reunión, se lo dije. Se enfadó mucho, muchísimo. Ella me gritaba y me insultaba mientras yo conducía. Me amenazó con quitármelo todo y dejarme

en la calle, y cuando yo le decía que me daba igual, que no quería nada, que me volvía a mi país, ella se cabreaba todavía más. Perdí el control del coche en una curva y nos estrellamos contra un camión.

- —Joder —suelto.
- —Yo sólo me fracturé una pierna y la clavícula, pero ella tuvo múltiples lesiones y un golpe muy fuerte en la cabeza. Estuvo tres meses en el hospital y, a causa del accidente, perdió la fuerza en las extremidades inferiores. Ya la han operado tres veces. Sé que me culpan tanto ella como sus padres.
 - —¡Qué fuerte!
- —Ella no recuerda nada de aquella noche y ahora no puedo volver a pedirle el divorcio. No hasta que se recupere. Ya me siento suficientemente mal por el accidente y no me atrevo a mencionar el tema de la separación.
 - —No sé qué decir.
- —No tienes que decir nada. Era yo el que te debía una explicación.
- —Y ¿no sospecha nada? ¿Que te vayas de viaje, que no estés allí con ella? —pregunto.
- —Desde que salió del hospital vive en casa de sus padres y es normal en nuestras vidas viajar tanto por el negocio.
- «Vaya rollo te acaba de meter —interrumpe el ángel—. No te creas nada. Sólo quiere llevarte a la cama.»
- «¡Sí, sí, a la cama, a la cama!», grita el demonio agitando su tridente.
- —No pretendo darte pena ni que te creas todo lo que te he contado —dice Giovanni cogiéndome las manos—. Puedo darte datos y que los compruebes por ti misma. No espero que tomes una decisión en este momento.
- —¿Decisión? —le pregunto apartando mis manos de las suyas—. ¿Qué decisión quieres que tome? ¿Qué opciones tengo? ¿Ser tu amante o ser tu amante? No hay más.
 - —Déjame conquistarte, seducirte, intentarlo.

Me tapo la cara con las manos, agobiada.

- —Es que no sé si quiero esto. No creo que me convenga meterme en este lío.
- —Conozcámonos. Sin correos electrónicos, ni chat, ni teléfono, sólo en persona.
 - —Vives en Madrid.
- —Pero viajo mucho. Puedo venir aquí y tú puedes viajar conmigo a otros lugares. Yo lo pago todo.

Me viene a la cabeza la película de *Pretty Woman* y la frase: «¿También me vas a poner un pisito?».

—Esto es demasiado para mí —respondo, mientras siento como si mis pies se hundieran en la tierra.

Entonces, Giovanni pone sus manos en mis mejillas, acerca su cara a la mía y me besa. En ese momento dejo que el diablillo atraviese al ángel con su tridente.

Éste sí que es un buen beso. Saliva controlada, nada de bañarme con sus babas. Lengua, la justa; no intenta tocar la campanilla ni buscar entre mis muelas. Posturas, un diez, giros de cabeza y cambios de ritmo cada pocos segundos mientras acariciaba mi pelo con sus manos. Sabor, muy bueno, a café y menta. Y además, huele tan bien... Esto es lo que yo llamo un beso perfecto.

El diablillo le ha dado una paliza al ángel, pero éste, en el último momento, resurge de sus cenizas para poner un pensamiento en mi mente.

Aparto a Giovanni de mí y le digo:

- —¿Por qué yo? Seguro que hay cientos de chicas dispuestas a darte todo lo que tú quieres. Mujeres a las que no les importaría que estés casado.
- —Porque no puedo sacarte de mi cabeza. Contigo estoy ilusionado, como si volviera a tener veinte años.
 - —Soy un capricho. Un reto. Nada más.

Giovanni coge su abrigo. Pienso que se va a largar, pero busca algo en un bolsillo. Saca un sobre cerrado y me lo da.

—¿Qué es esto?

El sobre está en blanco.

—Dentro hay datos. Direcciones y números de teléfono. Cuando quieras puedes comprobar si es cierto o no lo que te he contado.

Me quedo muda y nos miramos un rato sin decir nada.

- —Tengo un amigo que siempre me dice que para que las historias de amor salgan bien, tienen que ser fáciles, si no, no valen la pena porque sólo te harán sufrir.
 - —No hay nada fácil. La vida no es un cuento de hadas.
- —Lo sé. No sueño con vivir un cuento, no tengo quince años, pero lo que tú me ofreces es más bien una pesadilla.
 - —No tiene por qué ser así.
- —¿Cómo se le llama a la que se lía con un hombre casado? Y ¿por qué debería convertirme en eso?
 - —Esa respuesta la tienes que saber tú.

Me siento como la protagonista de una canción de Pimpinela.

Giovanni mira su reloj.

—Tengo que marcharme. Mi avión sale en un par de horas y debo estar en casa esta noche.

Se levanta y empieza a ponerse el abrigo y la bufanda.

«En su casa —susurra el ángel—. En la de ellos, con su mujer, no contigo.»

«¿Vas a dejar escapar esa boca, esas manos, ese cuerpo? — replica el diablillo—. Muy bien, luego no digas que te sientes sola.»

Necesito un analgésico, me va a estallar la cabeza.

Salimos y rápidamente Giovanni para un taxi. Él me abrocha el abrigo, me sube las solapas y me coloca bien la bufanda. Luego me da un beso en la mejilla, sonríe y me dice:

-Estoy en tus manos, bella.

De regreso a mi casa, me detengo frente a una papelera. Sostengo el sobre en lo alto a punto de dejarlo caer. Las dudas me asaltan. Lo tiro o no. Finalmente, regresamos a casa, los dos, el sobre y yo.

Después de días pensando, dándole una y mil vueltas a la situación, he decidido que me voy a Madrid. Tengo suficientes datos para comprobar su historia y necesito saber si miente o no.

Al día siguiente, vuelvo al hotel en el que había quedado con Giovanni. He perdido un pendiente y creo que tal vez se me haya caído cuando estaba en el bar hablando con él, porque estaba tan nerviosa que no dejaba de tocarme el pelo y el cuello.

Hablo con una de las recepcionistas y ella le pregunta a la encargada de la limpieza. Mientras tanto, espero sentada en un bonito sofá en la recepción. Es entonces cuando veo entrar en el hotel al marido de mi amiga Eva, agarrando de la cintura a una chica que no es mi amiga. Me acurruco en el sofá para no ser vista y ellos se dirigen a los ascensores. Los dos ríen animadamente.

Estoy de los nervios. Mi amiga Eva, madre de un niño pequeño y perteneciente al club de las «felizmente casadas» es una cornuda. Vale, igual no es lo que me estoy imaginando, a lo mejor es sólo una amiga. ¡Qué idiotez! ¿Por qué iba a estar con una amiga en un hotel? ¿Trabajo? ¿Negocios? Sí, imagino de qué clase: de carnes, importación-exportación. Entonces, cuando las puertas del ascensor se abren y él le da un cachete en el trasero, tengo claro la clase de amistad que tienen.

Salgo del hotel en dirección a casa de Eva. ¡Será cabrón, engañar a mi amiga, con lo enamorada que está de él! ¡Con lo que lo cuida y lo mima! Con el niño tan estupendo que tienen. Siempre juntos como una familia feliz.

Pero, al llegar al portal de casa de Eva, me doy cuenta de que en cuanto abra la boca y le cuente lo que he visto le voy a destrozar la vida.

Soy su amiga desde hace muchos años y debo ser sincera con ella, pero él es su marido, al que conoce desde la adolescencia y al que no cree capaz de traicionarla. ¿Y si ella se pone de su lado? Y si se lo digo, ¿me recordará siempre como la que le dio aquella horrible

noticia que marcó un antes y un después en su existencia? No sé qué hacer y ante la indecisión, decido volver a casa y valorar las opciones.

Llevo noches dándole vueltas y para colmo me han invitado a comer el día de Reyes. ¿Y si lo suelto durante la comida? Puedo hacer como en una película que vi y buscar el momento más relajado de la velada para soltarlo: «Eva, tu marido te engaña. ¿Me pasas la mantequilla?». ¿Y si le envío un anónimo? No, entonces tendría dos problemas, descubrir a su marido y al anónimo.

¡No puedo cargar con este secreto, tengo que hacer algo!

El día de la comida de Reyes, llego a casa de mi amiga cuando el cordero al horno está casi hecho, y la ayudo a preparar una ensalada mientras ella pone la mesa. El traidor no está en casa.

- —¿Dónde está Tony? —le pregunto como si me importara.
- —Tenía que recoger a un cliente en el aeropuerto.
- —¿Hoy? Pero, si es fiesta.

Tony trabaja como chófer para una empresa.

—Es un médico o un investigador, o algo así, viene de Francia o Alemania, no sé.

Pinta precisamente de médico la amante no tenía. Investigadora puede ser. Y ya me imagino yo lo que investigó ésa en la habitación del hotel. Debo decírselo.

—Oye ¿tú eres feliz? —le pregunto agitando el tomate y el cuchillo que tengo en las manos.

Desde luego no es una pregunta muy sutil. Eva me mira con cara rara.

- —Lola, ¿ya estás otra vez enganchada a esos libros de autoayuda? Estoy de Paulo Coelho hasta el moño.
- —No. Sólo que hace tiempo que no hablamos y quiero saber cómo estás.
 - —Soy muy feliz —añade ella con una sonrisa—. ¿No lo parezco? Eva coge a su hijo en brazos y se lo come a besos.
- —Tenemos nuestras discusiones como todas las parejas, no te voy a decir que no. Pero todo se soluciona hablando y, además,

tengo un hijo precioso y Tony me adora, me cuida y me mima. No puedo pedirle más a la vida.

Yo sonrío y me trago mis ganas de decirle lo que vi.

—Oh, cariño, lo siento —dice Eva dándome un abrazo—. No lo decías por mí, sino por ti ¿verdad? Qué tonta soy. No te preocupes, ya verás como pronto encuentras a alguien tan genial como Tony.

«Vale —pienso—, dejémoslo.»

Eva me pide que suba al baño de su habitación y le coja un medicamento para el pequeño. El piso de mi amiga es muy grande y antiguo, con largos pasillos y techos altos. Lo heredó de su abuela. Y lo que más me gusta es que tiene baño en su dormitorio.

Cuando estoy allí oigo que llaman al timbre y al rato escucho hablar al traidor, que ya ha llegado de trabajar. Como no tengo ningunas ganas de verlo, aprovecho y hago pis. Al rato, escucho sonar un móvil. Lo oigo cada vez más cerca. Está justo detrás de la puerta del baño, en la habitación. Él contesta. La voz susurrante del traidor se cuela a través de la puerta.

—Intentaré ir esta tarde pero no es seguro —dice—. Amor, hoy es día de reuniones familiares... Lo sé... Yo también quiero verte... No digas eso que me pones muy cachondo —continúa mientras yo escucho con la oreja pegada a la puerta—. Voy a intentar que mi mujer se vaya de paseo con la pelma de su amiga, que ha venido a comer.

Será cabrón.

¿Qué hago? ¿Salgo para que vea que me he enterado de todo? ¿O me quedo en silencio y espero a que se vaya? Tic tac, tic tac. Antes de que el traidor cuelgue, tiro de la cadena. Y es una de esas cisternas antiguas que cuelgan en la pared, de esas que hacen tanto ruido que aunque vivas en un primero, el del tercero sabe que acabas de utilizar el váter. Seguro que se ha quedado de piedra cuando ha oído el ruido. Ahora es el momento de hacer mi salida triunfal. Así lo hago, con la cabeza alta, desafiante, dispuesta a enfrentarme al cabrón que está engañando a mi amiga. Pero al contrario de lo que me espero, él no parece sorprendido ni nervioso. Sólo me sonríe.

—Seguro que el cordero ya está —me dice.

¿Igual es tonto y cree que no me he enterado? Me quedo allí plantada viendo cómo se dirige hacia la puerta. Estoy en blanco, pero no puedo dejar pasar la oportunidad de decirle que lo sé todo.

—¡Espera!

El traidor se detiene y me mira.

—Quiero que sepas que esta tarde la «pelma», es decir yo, no voy a poder ir con tu mujer a dar un paseo, así tendrás que idear otro plan para poder ir a ver a tu amante.

Él me sonríe con actitud chulesca. Me tiemblan las piernas y una vocecita dentro de mi cabeza me dice: «Te estás equivocando».

Se acerca a mí y me susurra al oído.

- —¿Qué quieres?
- —Que se lo digas.
- —Y ¿para qué? ¿Crees que se va a sentir mejor sabiéndolo? Tiene una vida feliz. Yo se la doy y tiene todo lo quiere. Eso es lo que te jode, ¿no? Que tú no tienes nada ni a nadie y no soportas ver a tu amiga feliz.
- —¿Tú eres idiota o qué? Le pones los cuernos y encima esperas que ella esté agradecida y que yo me calle. Tú alucinas, tío.
 - —Tú no eres nadie para meterte en nuestras vidas.
- —No me estoy metiendo en vuestras vidas. Me preocupo por la de mi amiga, porque la tuya, capullo, me importa una mierda.

Entonces oigo a mi amiga Eva acercándose por el pasillo.

- —¿Dónde estáis? —grita Eva—. La comida se está enfriando.
- —Se lo vas a contar —le ordeno—. Si no, lo haré yo.

El traidor me mira con rabia en los ojos. Tiene los brazos en jarras, la mandíbula marcada por la fuerza con la que aprieta los dientes y los agujeros de la nariz aumentan de tamaño con cada respiración. No sé qué le retiene de darme un guantazo y por unos segundos creo que lo va a hacer, pero entonces ocurre algo que me pilla desprevenida: me coge por las muñecas, me lanza contra su cuerpo, me rodea con los brazos y me besa. Antes de que pueda apartarme, Eva entra por la puerta.

No sé quién se queda más blanca y más muerta, si ella o yo cuando nos ve besándonos. Entonces, el traidor me da un empujón, se pasa una mano por la boca y grita:

—¿Qué haces? ¿Estás loca?

Va rápidamente hacia su mujer, se coloca a su lado y me señala con el dedo, acusándome, como un niño malcriado.

—¡Se me ha tirado encima!

Quiero gritar, pero estoy totalmente paralizada. Al fin, puedo reaccionar.

—¡Mentira! ¡Es mentira! —consigo decir.

Eva no nos mira a ninguno de los dos. Sólo mira al suelo y todo el cuerpo le tiembla como un papel agitado por el viento. El traidor sigue con su plan.

—Sabes que nunca me ha gustado tu amiga —le dice a Eva muy cerca del oído—. Te lo he dicho muchas veces. Es una calientabraguetas.

Me acerco a Eva, la cojo por los hombros y hago que me mire.

- —Le he pillado entrando en un hotel con una chica. Tiene una aventura.
 - —Cerda mentirosa —suelta el traidor.
 - —Y tú, cabrón —le contesto.
 - —¡Callaos! —grita Eva echándose las manos a la cabeza.

Nos mira. Respira muy de prisa y creo que se va a desmayar. Entonces me mira, fríamente.

- —Vete —me ordena.
- —Pero Eva... —le digo incrédula.
- —¡Qué te vayas! —me grita.
- —Ya la has oído —añade el traidor con aire de gallito.

Genial. Al final todo ha salido mal.

Eva se sienta en la cama y yo me marcho, aunque antes le lanzo una última mirada al infiel, espero que lea en mis ojos que esto no se va a quedar así. Yo puedo ver en los suyos un gesto de victoria. Llega el sábado por la noche y toca discoteca con Ester. No es que salgamos mucho, pero de vez en cuando las dos necesitamos un poco de marcha, y me refiero a marcha en todos los sentidos.

El local está lleno, hay tres salas con ambientes distintos y con gente por todas partes. Suena música salsa, tecno y pachanguera, es decir: Amaral, Bisbal, La Oreja de Van Gogh...

- —¿A qué sala vamos? —pregunta Ester.
- —A aquella en la que haya tíos buenos.
- —Echemos un vistazo.

Entramos en una en la que suena música tecno y avanzamos entre la gente, observando al personal. Cabezas rapadas, camisetas demasiado apretadas y un ritmo de marcha frenética que ya no me apetece seguir. Le hago un gesto a Ester y salimos de allí.

La siguiente es la de salsa. Hacemos lo mismo: inspeccionar la mercancía. Me gustan los chicos pero todos bailan en pareja y no tengo ni ganas ni tiempo de buscar a uno que me guste y vaya solo. Salimos y nos vamos a la última sala, la pachanguera.

Será porque me sé todas las canciones que suenan o porque la gente va más relajada, pero me siento más a gusto aquí, así que nos pedimos unas copas y nos quedamos en la barra, observando. Tengo la sensación de que todos son más jóvenes que yo... Me refiero a los chicos, con sus caras aniñadas e imberbes. Entonces, llama mi atención un chico muy alto que lleva una gorra del Fútbol Club Barcelona. Es delgado y creo que debe de ser mucho más alto de lo que me parece porque habla un poco encorvado con sus amigos, que son mucho más bajos que él.

- —¿Qué te parece ése? —le pregunto a Ester—. El alto de la gorra.
 - -No está mal. ¿Vas a por él?
 - —Creo que sí. No veo nada mejor por aquí.
 - —Pues entonces, ataca.

Inicio el ritual del cortejo. Para empezar, primero necesito que se fije en mí, así que intento establecer contacto visual. Cuando logro que se percate de mi presencia, le lanzo miradas cortas, de no más de tres segundos acompañadas de una leve sonrisa. Lo miro, sonrío y cuento, uno, dos, tres y desvío la mirada. Así unas cuantas veces. He de tener mucho cuidado de no pasarme de tiempo, sino pensará que me pasa algo raro o que estoy loca.

Ya está. Ha entrado en el juego de seducción y por lo que veo, no tiene pareja. Yo me muestro dispuesta, es decir, levanto la barbilla, echo los hombros atrás y coloco mis brazos a los lados de mi cuerpo como una señal de mi predisposición. Y sonrío. Finalmente él reacciona a mis reclamos y se acerca.

Es mucho más alto que yo y tiene que inclinarse bastante para hablarme al oído.

—¿Qué tal? —me pregunta, gritando para que pueda oírle.

Asiento con la cabeza y le guiño un ojo.

- —Me llamo Johnny —dice con un fuerte acento americano.
- —Yo, Lola.

Nos damos dos besos.

- —¿De dónde eres, Johnny? —le pregunto, como si no fuera evidente.
 - —De Detroit, Estados Unidos.
 - —Y ¿qué estás haciendo en Barcelona?
 - -Estudio un máster en dirección de empresas.

Johnny es un estudiante que no debe de tener más de veinticuatro años, unos diez menos que yo y eso casi garantiza potencia sexual, que es justo lo que busco esta noche.

Acompañamos a Ester a coger un taxi, y él y yo vamos en metro hasta el piso que comparte con otros dos estudiantes.

Su casa es impersonal y está bastante desordenada, pero me digo que no me importa porque no busco un marido ni al padre de mis hijos, así que no me interesa lo más mínimo si hay ropa sucia amontonada en una esquina de su dormitorio, restos de comida de hace días sobre el escritorio o que la habitación huela a camiseta sudada.

Pero en cuanto Johnny se quita la ropa y se muestra desnudo frente a mí, un hedor agrio me golpea la nariz. ¡Dios, qué asco! ¿Qué

es esa peste?, me digo, mientras él se acerca y me besa. Entonces me doy cuenta de que ese olor emana de sus partes. La pestilencia genital me envuelve y tengo que apartarlo.

- —¡Uf! —le digo—. ¡Qué calor! ¿Tú no tienes calor?
- —Claro, me estás poniendo muy cachondo —contesta con acento americano.
 - —Pues vamos a darnos una ducha.

Johnny me mira extrañado.

- —¿Ahora?
- -Claro, así nos quitamos el calor.
- —Pero yo no tengo esa clase de calor, tengo de la otra, así que vas tú a ducharte si quieres, pero no tardes mucho, ¿vale?
- —¿Por qué no nos duchamos juntos? —le digo, desabrochándome el pantalón.
 - —Uf —dice él con cara rara—, me duché ayer.

Genial, un guarro.

- —Y ¿dónde está el baño?
- —La primera puerta del pasillo.
- —Perfecto, ahora vuelvo.

Salgo de la habitación, cierro la puerta, enfilo el largo pasillo, paso la primera puerta que es la del baño y continúo hasta la puerta de salida, que cierro con cuidado detrás de mí.

Tenía pensado dejar pasar unos días antes de intentar ponerme en contacto con Eva. No podía dejar que creyera lo que el traidor quería que pensara de mí, pero justo tres días después ella vino a verme a mi casa. Mientras Eva subía en el ascensor, repasé mentalmente lo que durante estos días había pensado decirle. No fue necesario que abriera la boca, en cuanto entró por la puerta se abrazó a mí llorando.

- —Hace tiempo que sé que Tony tiene una aventura —confiesa Eva—. Pero no sabía qué hacer.
 - —Dejarle.

- —Claro. Como si fuera tan fácil. No tengo trabajo y no puedo quitarme los doce kilos que cogí con el embarazo. —Eva se deja caer en el sofá llorando de manera desconsolada.
 - —Eh, cariño. Venga, todo se va a arreglar.
- —Le he pasado muchas cosas —continúa Eva mientras saca un pañuelo de su bolso con el que se seca las lágrimas—. Pero que intente utilizarte para ocultar sus pecados no lo puedo consentir.
- —Lo siento, de verdad. Puedes venir aquí con el peque hasta que soluciones las cosas.
 - —Gracias. Pero no soy yo quien tiene que irse de casa.
 - —¿Puedo hacer algo por ti?
- —Sí. ¿Podrías hacerle algo a la hija de puta que se acuesta con mi marido? No digo que la mates, con que le rompas las piernas será suficiente.
- —Lo haría, cariño, en serio, pero no es legal y seguro que me pillan. Soy de las que nunca se cuelan en el metro, pero a la que cogerían si alguna vez me diera por hacerlo.

Nos reímos y nos abrazamos.

- —Cuenta —me pide Eva—: ¿cómo te va todo?
- —Bien —le contesto sin pensar lo que estoy a punto de soltar—. Me voy a Madrid.

Eva me mira sorprendida y yo me arrepiento inmediatamente de haberlo dicho.

- —¿A Madrid? ¿Y eso?
- —De rebajas —le miento. No puedo decirle que tengo un amante.
- —Pero, mira que te has vuelto pija.

Bueno, mejor que piense que soy una estirada a una guarra.

Llego a Madrid sobre las nueve de la mañana después de no haber pegado ojo en toda la noche. No tengo un superplan. Simplemente voy a quedarme plantada delante del edificio donde vive su mujer con sus padres. No sé qué espero ver. Ni sé qué va a cambiar aunque vea a su esposa con muletas o en silla de ruedas.

No sé para qué estoy haciendo esto. Debería largarme y aprovechar las rebajas en Madrid.

No he reservado habitación en ningún hotel porque tengo pensado coger el último tren de vuelta a Barcelona, así que sólo llevo una bolsa con una camiseta de recambio y un jersey por si hace frío. Antes de ir a mi puesto de vigilancia, entro en un supermercado y compro algunas provisiones para el día: agua, chucherías, una bolsa de magdalenas, pan y algo de embutido envasado. No es muy práctico hacerse un bocadillo en la calle, pero no puedo abandonar el puesto de guardia.

Son las diez y media de la mañana cuando empiezo mi vigilancia. Paseo calle arriba y calle abajo, sin quitarle ojo de la portería de la pareja legal del ilegal amante que pretendo echarme. El tiempo pasa muy lento cuando no tienes nada que hacer. A las doce y media ya estoy harta de estar allí y cada minuto que pasa me siento más idiota. Tal vez, con un poco de suerte y antes de convertirme en una estatua de sal, vuelva la lucidez a mi cabeza y me largue de Madrid para no volver hasta que tenga una buena razón.

Un niño desfila a mi lado con una caja de bombones abierta, va pasando su mano por encima de todos ellos, indeciso. Me acuerdo de la película de *Forrest Gump* y de la frase que siempre repetía: *«La vida es como una caja de bombones, nunca sabes cuál te va a tocar».* Pues yo sí sé la caja de bombones que me ha tocado en esta vida. Tengo una vida llena de bombones amargos, ácidos, salados y rellenos de licores que prometían ser deliciosos y que al probarlos resultaron ser de garrafón. Y cuando por fin encuentro uno que me parece apetitoso, resulta que pertenece a otra caja, su dueña es otra chica y, si sigo adelante, sólo seré una vulgar ladrona de bombones.

Tras este pensamiento decido que ya es hora de comer y me siento en la parte baja del escaparate de una joyería para prepararme un bocadillo.

Dejo a un lado todo mi equipaje, es decir, una bolsa con comida, otra con la ropa y otra en donde he guardado el gorro, la bufanda,

los guantes y un paraguas que también he traído por si acaso. Tengo el panecillo abierto, pues le pedí a la panadera que me lo preparara así y también le pedí un poco de papel de aluminio, con el que me lo envolvió. Afortunadamente no es difícil abrir los envases del jamón york y del queso. A los pocos minutos sale una dependienta, muy bien vestida y maquillada, con una dulce sonrisa y un tono de voz muy agradable.

—Perdona —me dice—. Esto no es un restaurante, no puedes sentarte aquí.

Seguro que con tanta bolsa de plástico le estoy quitando glamour a su lujoso escaparate. «Perdona tú, bonita —pienso— pero esto que ves es un bolso de Hermès, de imitación, pero Hermès.» Seguro que el reflejo del papel de aluminio que envuelve mi bocadillo la debe de cegar y por eso no se ha dado cuenta. Recojo el picnic y entonces empieza a latirme el corazón reivindicativo por dejar que me echen de un lugar público, como es la calle, y me dan ganas de hacer una bola con el papel de aluminio, lanzársela y empezar a cantar el «No nos moverán». Pero no es el momento y además sólo me sé la versión Chanquete... Es lo que tiene haber crecido con «Verano Azul».

Me alejo unos metros de la joyería, que es una de esas marcas suizas de toda la vida, mientras la dependienta me observa, vigilante, como un perro guardián, dispuesta a morderme el cuello si vuelvo a sentarme cerca de su local.

Un coche negro, un todoterreno Mercedes Benz para ser más exactos, se detiene delante de la portería y de la puerta del conductor sale Giovanni. El corazón se me dispara y se me aloja en la garganta, la sangre deja de fluir hacia mis piernas y no puedo moverme. Él llama a uno de los botones del interfono y luego espera junto al coche. No me ha visto y a mí, cargada con las bolsas, no se me ocurre otra cosa que levantarlas y usarlas para taparme la cara.

Por fin consigo moverme y me escondo en una portería. Suelto las bolsas y asomo la nariz para espiarlo. Siempre tan bien vestido:

tejanos oscuros y americana informal verde... Tiene en los ojos ese gesto atormentado que lo hace más atractivo aún.

Al rato veo aparecer por la puerta a una chica en silla de ruedas. Detrás la sigue un matrimonio mayor. La mujer de la silla es muy guapa, rubia, con el pelo largo y muy bien vestida, con un precioso abrigo de piel de color beige. Giovanni le da un beso en la mejilla a su mujer y otro a su suegra, pero no dedica ningún saludo al suegro, con quien no cruza ni una mirada. Luego, la ayuda a levantarse y a entrar en el coche. El matrimonio mayor también sube. Giovanni pliega la silla de ruedas y la guarda en el maletero. El coche pasa despacio junto a mí y yo me vuelvo para que no me vean.

Ya no tiene sentido permanecer más tiempo aquí, así que me voy al parque del Retiro a pasear y comparto mi bocadillo con los peces. Es un lugar espectacular y paso toda la tarde allí, caminando y pensando.

Cuando ya es casi de noche he decidido lo que voy a hacer. Voy a terminar con esta historia, pero antes, pienso quitarle el envoltorio a mi bombón y probar cómo sabe.

Son las siete de la tarde cuando llamo por teléfono a Giovanni. No lo coge. Mi tren a Barcelona sale a las nueve, con lo que tengo dos horas para contactar con él. A los cinco minutos me devuelve la llamada.

- —¡Qué sorpresa! Me encanta que me hayas llamado.
- —Y ¿por qué te encanta? —le pregunto—. No sabes si lo que te voy a decir es bueno o malo.
 - —Es bueno, seguro. Si no, no me llamarías.
 - -Estoy en Madrid.
 - —¿Dónde? Te voy a buscar ahora mismo.
 - —En el Retiro. He visto que salías con tu mujer y tus suegros.
- —Ah, sí, bueno. Hemos ido a comer pero ya los he vuelto a dejar en casa. ¿En qué parte del Retiro estás?
 - —Junto a la estación de metro.
 - —Bien, pues no te muevas de ahí. Voy a buscarte.

En menos de veinte minutos está aquí y eso tanto en Madrid como en Barcelona es un reto.

Cuando abro la puerta del coche, Giovanni me mira con una sonrisa. Los ojos le brillan y se le ve contento. Creo que es la primera vez que tiene esa expresión en la cara, parece un niño ilusionado. Subo al coche y me da un beso que no me espero pero que me encanta. Olvido absolutamente todo. No quiero pensar en nada. En las próximas horas sólo estamos él y yo. Nadie más existe. Él no tiene más vida que la que yo quiero imaginar, y hoy él es todo para mí.

Recorremos la ciudad en coche, apenas si hablamos y su mano pasa del cambio de marchas a mi pierna constantemente. Nos sonreímos como bobos mientras la ciudad nos envuelve con sus luces y su gente, y yo me siento a salvo y protegida dentro del coche junto a él. Por un segundo veo al ángel fuera de la ventanilla que me señala con el dedo en forma de reproche, pero un camión que va en sentido contrario se lo lleva por delante y no vuelvo a pensar en él.

- —¿Qué quieres hacer? —me pregunta Giovanni.
- -Mi tren sale a las nueve.

A Giovanni le cambia la expresión.

—No te preocupes —añado—. Se marchará sin mí.

Giovanni vuelve a sonreír y me da un beso. Después de la frasecita que le acabo de soltar me siento como Elizabeth Taylor o Sofía Loren en una de esas películas de los años cincuenta. Siento que, aunque sea tan sólo por unas horas, he encontrado a mi Paul Newman.

—Me harías muy feliz si esta noche la pasáramos juntos —dice Giovanni mientras estamos parados en un semáforo.

La frase me parece de lo más cursi y casi se me escapa la risa pero, hoy en día, esto me parece una proposición de matrimonio y decido besarlo.

Seguimos recorriendo la ciudad hasta que él entra en el parking de un hotel y estacionamos.

—Yo iré primero y pediré una habitación —dice Giovanni, con cara de culpable—. Cuando esté en ella te llamo para decirte cuál es y subes.

«Genial —pienso— no quiere que entremos juntos.» Pero no digo nada, sé lo que hay y estoy aquí porque quiero. El ángel vuelve a aparecer y me susurra al oído: «Esto no te pasaría con un Paul Newman auténtico».

Giovanni sube primero en el ascensor del aparcamiento que lleva directamente al hotel, a los cinco minutos lo hago yo. Me siento en recepción y espero que me llame.

Una chica habla con una empleada del hotel y ambas se ponen a buscar por los butacones del salón. Se acercan y la empleada me sonríe.

—Disculpa —me dice—. ¿Serías tan amable de levantarte? Esta señora ha perdido una pulsera y tengo que mirar si está aquí.

Me levanto y me voy a la zona de ascensores. Al poco rato Giovanni me envía un mensaje con el número de planta y habitación. Mientras espero el ascensor, miro al par de mujeres buscando la pulsera y de repente me veo allí, preguntando por mi pendiente el día que descubrí al marido de mi amiga con una amante. Hay una diferencia: esta vez la amante soy yo.

El ascensor llega pronto, pero cuando voy a entrar, un matrimonio mayor me pide que les deje subir, ella va en silla de ruedas, así que los dejo pasar.

¡Basta ya! ¿Pueden haber más señales para que no suba? ¿Para que me largue corriendo de aquí?

El segundo ascensor llega y yo entro.

Mi corazón está acelerado. Camino por el pasillo buscando la habitación. Es un hotel bonito, de esos minimalistas, con poca decoración y colores. Ya está. Ésta es la puerta. No está cerrada, así que la empujo. Entro en un pequeño pasillo y enseguida estoy en la habitación. Giovanni me espera allí de pie junto a la cama.

La habitación está decorada con colores rojos y blancos, hay un pequeño sofá a un lado de la cama y un televisor al otro lado, una

mesa junto a la pared y un minibar.

- —¿Tienes hambre? —pregunta Giovanni.
- «Te comería entero ahora mismo», pienso.
- —Porque yo me muero de hambre —continúa él.
- —Sí, yo también.

Mentira, no me pasa ni una patata frita, pero no quiero que piense que sólo estoy desesperada por ir al grano, así que una cenita previa estará bien.

—Pediré que nos suban algo.

Me siento en la cama y enciendo la tele mientras él pide la cena. Luego Giovanni se sienta junto a mí, me quita el mando y la apaga. Me acaricia la cara y me besa. Besa igual de bien que la primera vez. Mi recuerdo de su primer beso es auténtico, mi imaginación no lo había exagerado. Él se acelera. Me aparta el pelo, baja por mi cuello y yo pienso que en cualquier momento vendrá el camarero con la cena y nos cortará el rollo.

- —¿No vamos a cenar antes? —le pregunto.
- —Claro, esto sólo es el aperitivo —contesta, sin dejar de explorar mi cuello.

«Vale —pienso—, pero a ver si te vas a empachar con el apetitivo y luego no llegas a los postres, así que lo aparto de mí.

—Cenamos primero —le digo.

Giovanni me sonríe y asiente con la cabeza.

Charlamos un poco y me habla de su trabajo y de los viajes que tiene pendientes realizar a Londres, Suiza e Italia en el próximo mes, y yo le escucho sin hacer preguntas. Enseguida llega la cena y el camarero aparece con un carrito de esos que he visto en las películas con varios platos cubiertos con campanas de plata. Nos sentamos en la pequeña mesa y Giovanni empieza a servir.

—De primero —dice cogiendo mi plato—, tenemos ensalada verde con picatostes, pollo, paté y una salsa ligera de anchoas. De segundo, raviolis de tres quesos con salsa pesto y de postre, mousse de chocolate. ¿Qué te parece, bella?

—Genial.

Giovanni come con un apetito feroz. Yo no tengo hambre porque estoy nerviosa, y me dedico a picotear como una gallina. Él no deja de hablar, cosa que me relaja ya que así no tengo que estar pendiente de sacar un tema de conversación por el absurdo miedo a que se haga ese silencio incómodo. Me hace reír con sus historias de cuando era pequeño, con sus amigos en la Toscana y me olvido de su situación sentimental, de su mujer y de lo complicado que es todo con él y sólo veo el brillo en sus ojos, la sonrisa fresca de su cara y sus manos, grandes y fuertes, que no paran de gesticular apoyando sus palabras, como buen italiano.

Pero entonces, en el mejor momento, su móvil empieza a sonar y su expresión cambia cuando mira quién le llama.

—Perdona, tengo que contestar.

Se levanta y entra en el baño y, como no cierra la puerta, puedo escuchar su tono de voz sumiso, inventando una mentira para su mujer. Entonces, vuelvo a la realidad de estar en la habitación de un hotel con un hombre casado.

Me siento en la cama y enciendo la tele para no escucharlo. Cambio de canales y aparece uno con películas disponibles para ver. Entre ellas está una de mis favoritas: *Vacaciones en Roma*. Me acomodo en la cama y empiezo a verla. Pasan quince minutos y Giovanni no sale del baño. Presiento que las cosas se van a torcer esta noche. Gregory Peck y Audrey Herpburn son mi consuelo.

A la media hora Giovanni sale del baño, se tumba a mi lado, me rodea con sus brazos y me abraza hundiendo su cabeza en mi nuca.

- —¿No te gusta Vacaciones en Roma? —le pregunto.
- —No la he visto.
- —¿En serio? —me sorprendo—. Eso es un pecado casi mortal.
- —Bueno, entonces esta noche puedes ayudarme a redimirme de ese pecado. ¿Hace mucho que ha empezado?
 - —Una media hora.
 - —Pues cuéntame de qué va y lo que me he perdido.
- —Audrey Herpburn es una princesa que está de visita en Roma. Está harta de su vida estricta y con todo el día superplaneado; tiene

ganas de probar cómo es ser una persona normal. Entonces decide escapar por la noche y dormir en un banco de la calle, y así la encuentra Gregory Peck, que es un periodista que la lleva a su apartamento. Al día siguiente, él se da cuenta de que es una princesa y trata, sin que ella se entere, de conseguir una exclusiva, pero entonces surge el amor...

- —¿Una romántica? Estupendo, de mis preferidas.
- —¿En serio?
- —Claro —añade Giovanni sonriendo—. ¿Quién quiere ver una de acción, de suspense o de miedo pudiendo ver una romántica?
 - —Mentiroso.

Vemos la película abrazados en la cama y pienso que ese momento lo guardaré en la sección de los mejores de mi vida.

El filme termina y la verdad, después de tanto romanticismo y besos castos, me apetece lanzarlo contra la pared y arrancarle la ropa, pero me contengo y me quedo allí quieta entre sus brazos. Espero que dé el paso. Los minutos pasan y no se mueve y, entonces, creo que se ha dormido.

- —¿Te ha gustado? —le pregunto.
- —Muy bonita.
- —¿En serio?
- —En serio.
- —¿Qué parte te ha gustado más?

Giovanni se ríe.

- —Todo.
- —Te has dormido, ¿no?
- —Sí, lo siento. Es que las películas románticas me aburren.
- —Podrías disimular.
- —Lo intento, pero no dejas de preguntar.

Giovanni no cambia de postura, no se mueve y no le veo con ninguna intención carnal-pecaminosa. Tendré que tomar la iniciativa. Pero segundos antes de que vaya a hacerlo, él me abraza con más fuerza y me dice:

—Pasar la noche así, contigo, me es suficiente.

Me quedo muerta. ¿Eso es un cumplido? No sé qué pensar. Sólo sé que empiezo a tener mucho calor. Para colmo entrelaza sus piernas con las mías. ¡Me siento como un frankfurt! ¡Pero sin salsa! ¡Y yo quiero salsa! ¡Quiero ketchup, mostaza, mayonesa, tomate o vinagreta! ¡Lo que sea, pero algo! Esto es increíble, tengo en la cama al tío más bueno que he visto en mucho tiempo y no hacemos nada. Y para colmo, cada vez que mi bombón me atrae contra él, puedo sentir su «relleno» en mi trasero.

Entonces, Giovanni empieza a hablarme de sus abuelos. Esto no puede ir peor. Seguro que piensa que estoy un poco educada a la antigua y, entre eso y que me dijo que me iba a conquistar, esta noche «No echas un polvete, ni un clavo, ni trincas, ni mojas, ni magreas», vamos, que no me voy a comer un rosco.

Amanece. Nos hemos pasado la noche hablando y no hemos dormido. Ésta no era mi idea de una noche loca. Giovanni se levanta con prisas y cara de preocupación y se medio desviste delante de mí.

—Te acerco a la estación en un momento —me dice—. Voy a darme una ducha rápida.

¡Eso! derrama el agua delante del sediento... ¿Es que se piensa que soy inmune a su cuerpazo moreno después de una tortuosa noche de castidad?

Giovanni se mete en el baño y yo me como las sábanas. Pero ahí está mi salvador. Mi pequeño diablillo con su tridente aparece flotando frente a mí.

«Pero vamos a ver, pedazo de pava —dice el diablillo—. ¿Tú no habías venido a tirártelo? Esto no es una película romántica de Hollywood, ni tú Julia Roberts ni él, Richard Gere, ni va a ir a buscarte a Barcelona con una limusina para proponerte matrimonio, así que: o te espabilas o vas a volver a tu casita sin saber de qué está relleno tu bombón.»

Casi al instante aparece el ángel, con su aureola dorada, su vestido inmaculado y su aire virginal de satisfacción, supongo que por mi contenida castidad.

«In nomine patris et filius...», dice el ángel, moviendo la mano en forma de bendición.

Me entra un enorme cabreo; golpeo al ángel con los dedos como si fuera una canica y lo lanzo contra la ventana.

Me desnudo y busco a Giovanni en la ducha.

Nos despedimos en la estación y él me dice que me llamará. Lo peor de todo no es sólo que haya decidido no verle más, lo peor de todo es que ha dejado el listón muy alto y se ha convertido en mi referencia. Ahora los compararé a todos con él y no sólo en cuestión de tamaño.

Giovanni me llama casi cada noche. Yo no le cojo siempre el teléfono, es una forma de autocastigo por haberme enredado con un hombre casado. Pero no soy santa Teresa de Jesús y no siempre puedo resistirme a no contestar sus llamadas. Pero sigo firme en mi propósito de no verle más y, cada vez que él insiste, yo tengo una excusa preparada y espero que sea él quien se canse y pierda la ilusión y el interés por mí. ¿Para qué sigo hablando con él? Pues va a ser como dejar de fumar: iré disminuyendo la cantidad de «deseo» en mi cerebro poco a poco, para no tener un mono tremendo y caer en el pozo de la angustia y la desesperación.

Pero como chico listo que es, ha vuelto a utilizar una efectiva táctica: «Tengo una sorpresa para ti»; y me ha dicho que me llegará algo por correo, no el electrónico sino el de toda la vida.

Otra noche más le llevo la cena a mi vecina y, como no tengo ganas de encontrarme con otro cuerpo octogenario desnudo, decido dejársela en el suelo, llamar y salir corriendo. Pero antes de que pueda huir, la puerta se abre y mi casera me coge del brazo y me mete dentro de su piso.

- —Necesito que me ayudes —me dice eufórica mientras me conduce a una habitación en donde hay velas encendidas y cojines por el suelo.
 - —No pienso untar a ningún viejo con nada.

—¿De qué hablas? —dice mirándome con cara rara—. Anda, siéntate. —Y me lanza sobre los cojines.

Coloca una pequeña mesita delante de mí y ella se sienta al otro lado.

- —Voy a echarte las cartas —dice sacando una baraja del bolsillo de su túnica.
 - —No, gracias —le respondo intentando levantarme.
- —Anda, calla —responde agarrándome del brazo—. Estoy aprendiendo y necesito practicar.
 - -Esto no está en el contrato.
 - —Te libro durante quince días de tener que prepararme la cena.
 - —¿Qué he de hacer?
- —Corta —responde ella colocando el mazo de cartas sobre la mesita.

Empieza a disponerlas formando una escalera.

- —Uf —dice frunciendo el cejo.
- —Uf, ¿qué?
- —Vas a sufrir —suelta.
- —Creo que me largo.
- —Un mes entero sin hacer cenas si te quedas y te callas.
- -Ok
- —Veamos —continúa echando más cartas—. Sí, sí... vas a sufrir y no tendrás suerte en el amor.

Quiero huir de allí pero no sin antes darle un puñetazo. No es que me crea lo que está diciendo, no es más que una pobre loca, pero no me hace ninguna gracia escucharlo.

- —Cambios en el trabajo.
- —Eso me gusta —le digo—. Espero desde hace tiempo que me asciendan.
 - —Pues lo siento, no dicen eso mis cartas.
 - —¿No me ascienden?
 - -No. Te despiden.
- —Usted no tiene ni idea del tarot, ¿verdad? Sólo dice lo que le apetece para fastidiarme y porque me odia.

—Yo no te odio, cariño. Sólo te informo lo que dicen las cartas.
—Y ¿por qué todo es malo?
—Porque es lo que veo. Pero si te apetece escuchar cosas
bonitas te las digo.
—Ah, entonces es que también ve cosas bonitas, ¿no?
—No. Pero me las puedo inventar.
—Venga —replico desanimada—. Termine de una vez.
—Veo un hombre moreno muy atractivo. Pero todo lo que tiene
de atractivo, lo tiene de mentiroso. —Trago saliva, impactada—. Veo
lágrimas y desesperación —continúa ella—. Estás a punto de
cometer un terrible error.
—Sigue.
—Lo cometerás, pero es necesario.
—¿Qué es necesario?
—Que te equivoques porque eso te ayudará a encontrarte a ti
misma, a resurgir, a conectar con tu yo superior.
—Yo no quiero encontrarme a mí misma, ni resurgir, ni conectar
con mi yo superior, sólo quiero encontrar el amor.
—No lo encontrarás hasta que pases por ese proceso.
—Chorradas.
—Crecimiento personal.
—¿Qué?
—Pues eso. Que tienes que hacer un trabajo muy importante
contigo misma y, hasta que no lo hagas, nada cambiará.
—¿No existe un atajo?
—No.
—¿Por qué no me ayuda en lugar de ser siempre tan negativa
conmigo?
—Yo no te puedo ayudar, cariño. Eso sólo puedes hacerlo tú.
—¡Qué asco de frases filosóficas!
—Hemos terminado —dice mi vecina.
—Genial —contesto levantándome—. Buenas noches.
—Espera. Tengo algo para ti.
Mi vecina sale de la habitación y vuelve con una carta.

- —Esto llegó hace un par de días. Es para ti, de un tal Giovanni dice señalando el remitente.
 - —¿Por qué no me lo ha dado antes? —pregunto furiosa.
 - —Porque no me he acordado.
- —¡Esto es muy importante! ¡Tendría que habérmelo dado el día que llegó!
- —Ya lo tienes, ¿no? No dramatices y vete —añade mientras me coge del brazo y me lleva hasta la puerta—. Mi cena se enfría.

Es un sobre normal, de esos de carta, lo abro y me encuentro con un billete de avión a mi nombre. Destino: Roma. Fecha de salida: el sábado 26 de febrero por la mañana. Fecha de regreso: el domingo 27 de febrero por la tarde. También hay una nota de Giovanni. Sólo ha escrito: «Déjame sorprenderte».

Tengo que admitir que tantas atenciones hacia mí me descolocan. No estoy acostumbrada a que me conquisten y después de esto ¿quién quiere sexo sin compromiso emocional?

Llamo a Ester para explicárselo.

- —¿Qué hago?
- —Vete —responde Ester—, no lo pienses más y vete.
- —Claro, claro, me voy y ya está. Y ¿qué hago cuando me enamore y me rompa el corazón?
- —¡Qué más da! Ya estás completamente enamorada. ¿Y si sale bien? ¿Y si acaba dejando a su mujer para irse contigo?
- —¿Y si no? ¿Y si sólo está pasando el rato y ni siquiera le importo?
 - —Si no le importaras, no se tomaría tantas molestias.
 - —Tienes razón, pero no sé qué hacer.
 - —Ya sabes mi opinión: vive el momento sin pensar en mañana.
- —Esa frase está muy bien para ti que vives en otro nivel y pocas cosas te hacen sufrir o te preocupan, pero yo le doy vueltas a todo una y mil veces, ya lo sabes.
 - —Vives una filosofía equivocada.
 - —No vivo una filosofía equivocada, simplemente no la tengo.
 - —Aplícate la mía.

- —Lo apunto en mi libreta de tareas pendientes para cuando tenga tiempo.
 - —La vida son cuatro días y dos ya han pasado.
- —Voy a utilizar el clásico de consultarlo con la almohada. Besos—me despido.
 - —Besos.

La siguiente llamada es a Sandra.

- —¿Qué hago?
- —No vayas —responde Sandra—, piénsalo bien y verás que es lo mejor.
- —Claro, claro, no me voy y ya está, como si fuera tan fácil. ¿Y si sale bien? ¿Y si acaba dejando a su mujer para irse conmigo?
- —Despierta, cariño. Yo creo que sólo está pasando el rato y que ni siquiera le importas.
 - —Si no le importara no se tomaría tantas molestias.
- —Pero ¿qué molestias? ¿Venir a Barcelona unas horas y pagarte un billete de avión a Italia? Eso no son molestias, es simplemente dinero.
 - —No me fastidies, no sé qué hacer.
 - —Ya sabes mi opinión.

El ángel y el diablillo han empezado a luchar.

Sólo un día después de hablar con Ester y con Sandra, Eva se presenta en mi casa. No sé quién le ha contado lo de Giovanni, pero se pone como una fiera contra mí.

- —Estoy alucinando —dice Eva—, vienes a mi casa a hacer de salvadora, acusando a mi marido de infiel cuando tú estás haciendo lo mismo que él.
 - —Pero no es lo mismo —le digo intentando justificarme.
 - —¿No está casado?
 - —Sí, lo está. Pero se va a separar.
 - —Tú eres tonta de remate.
 - —No conoces la historia desde el principio...
- —Y ¿por qué no me lo habías contado, eh? Porque sabías que estás obrando mal, ¿no?

- —Porque estás «chapada a la antigua». Porque piensas que el sexo antes del matrimonio es un pecado. Como querías que te contase que estoy colgada de un hombre casado. Me habrías echado al foso de los lobos antes de terminar la historia.
- —¿Es que no te das cuenta de que eres una «arruinafamilias»? Ahí me quedo muerta. ¿«Arruinafamilias»? Ilusa o idealista me han llamado, pero «arruinafamilias», nunca.
- —Y ¿ahora qué? —le pregunto—: ¿Vas a dejar de ser mi amiga porque no pienso como tú?
 - —Si sigues con ese tío, sí.
 - —No lo dices en serio.
- —Te lo digo muy en serio —remata Eva mientras me señala con el dedo—. Tú sabrás qué tiene más valor. Si una amiga de toda la vida o un amante de ocasión.

Y así se marcha y yo me quedo en estado de *shock*.

Esa noche no le cojo el teléfono a Giovanni. Me siento tan mal por las palabras de Eva que me doy cuenta de que tengo justamente lo que no andaba buscando: problemas y dolores de cabeza.

He pasado tantos momentos buenos con ella, hemos compartido tantas experiencias en la adolescencia, tantos descubrimientos y algunas vacaciones, que pensar que tal vez no vuelva a hablarme, me desquicia. Así que en pleno acto de desesperación y cobardía le envío un mensaje de móvil a Giovanni diciéndole que se ha terminado y que no quiero volver a saber nada más de él. Que lo he estado pensando bien y no quiero ser la otra. Que cuando se separe, si todavía sigue interesado en mí, me llame. No he recibido contestación.

Ahora me siento desesperada, agobiada, hundida, triste, ansiosa, vacía, culpable, inútil, impotente, porque sé que no volveré a saber nada más de él.

He ido a ver a Eva para decirle que lo de Giovanni se ha terminado. Lo que no me esperaba es que el traidor, es decir su marido, me abriera la puerta. Lo que más me molesta es su sonrisa triunfante.

—Vamos a la cocina —me dice Eva.

Cuando atravieso la sala de estar puedo ver algunas maletas y bolsas en una esquina.

- —¿No me digas que ha vuelto a casa? —le pregunto, sorprendida.
 - —Hemos hablado y decidido intentar salvar nuestro matrimonio.
- —Y ¿eso cuándo ha sido? ¿Antes o después de la bronca que me echaste?
 - -No me agobies, Lola.
- —¿Que no te agobie? ¿Cómo crees que me he sentido después de hacerme elegir entre tú y Giovanni?
- —¿Giovanni es el casado? —pregunta Eva con total desinterés —. ¿Por qué le das tanta importancia? Lo que te dije fue para hacerte un favor. Sabes que no vas a llegar a ningún sitio con ése.
- —Ése tiene un nombre, pero ¿sabes?, tienes razón. Sé que no quiero llegar hasta donde has llegado tú.
- —¿Qué sabrás tú de mi vida? No tienes un hijo al que criar, no tienes una familia, y sólo te preocupas de comprarte modelitos y de ligar cada fin de semana. Vives en tu mundo *single* y superficial.
 - —Vete a la mierda —le digo, antes de largarme.

Creo que me he quedado sin amiga y sin amante.

Giovanni no me ha llamado y yo tampoco a él. El próximo fin de semana podría haber vivido una auténtica aventura romántica en Roma. Ahora sólo me queda imaginar lo que podría haber sido y no será.

He estado todos estos días convencida de que lo mío con Giovanni se había terminado. Es lo mejor. Y el que no me haya llamado ni haya respondido a mi cobarde mensaje me ha ayudado a consolidar esa idea.

Pero cada hora que pasa, cada minuto que transcurre y que me acerca al día de mañana, al día en que debería estar en Roma con él, me arrepiento más y más de haberlo dejado ir. Soy como una yonqui con esta droga que corre por mis venas y que no me deja pensar en otra cosa más que en él. Todo el día, a todas horas. ¿Es esto lo que llaman la química del amor? Pues vaya mierda. ¿Ahora, cómo me desengancho?

Hace unas horas ha ocurrido: mi cabeza se ha aliado con mi corazón y ambos no dejan de gritarme «¡Vete a Roma! ¡Vete a Roma!».

Me rindo, cojo el móvil y escribo un mensaje a Giovanni:

Si no has anulado el billete, mañana estaré en el aeropuerto de Roma esperándote.

Empiezo a prepararlo todo.

Aquí estoy, en el aeropuerto de Barcelona con mi maleta y los nervios a flor de piel sin saber si voy a volar a Roma o me voy a quedar en tierra. Giovanni no ha contestado al mensaje de móvil. Cuando llega mi turno de facturación y presento el billete a la chica, sé que pueden pasar dos cosas: que me pregunte si quiero pasillo o ventanilla, o que me diga que el billete está anulado.

No me doy cuenta de que por unos segundos he dejado de respirar. El sonido de las teclas del ordenador retumba en mi cabeza hasta que la voz de la chica me dice:

—¿Quiere facturar la maleta?

«¿Cómo?», me digo, esa frase no está en mi base de datos, así que me bloqueo y me quedo como una pava, mirándola. No es que no la haya entendido, es que sé que eso quiere decir que me voy a Roma.

Ya estoy en el avión sentada junto a la ventanilla, cerca de la salida de emergencias junto a un señor mayor que empieza a santiguarse cuando el avión acelera por la pista. Odio volar pero esta vez he decidido no tomarme ningún tranquilizante. No quiero encontrarme sola y drogada en Roma. Intento distraerme leyendo una revista del corazón, los cotilleos van bien para no pensar y para

poner el encefalograma en plano. El anciano que va a mi lado saca una novela de su bolso, su título: *Viven*, muy apropiado.

Aunque el trayecto no es muy largo, se me hace eterno porque estoy constantemente atenta a los ruidos del avión, a las caras de la azafatas y a los gestos extraños de los pasajeros; una paranoia, demasiadas películas de catástrofes, y demasiados informativos. Volveré a ver «Pipi Calzaslargas» y «Candy Candy».

Anuncian que nos aproximamos al aeropuerto de Roma y me entra un escalofrío por la espalda y los pelos se me ponen como escarpias.

Bajo del avión y busco la salida, o lo que es lo mismo: sigo a un grupo de chinos con sombreros de lluvia, pantalones cortos y sandalias con calcetines, que estoy segura, me llevarían directamente a la Fontana de Trevi.

Veo las puertas de salida y un montón de gente. Las cruzo. Miro a mí alrededor y hay personas con letreros que anuncian los nombres de sus agencias de viaje. Hombres y mujeres que reciben a otros hombres y mujeres. Besos, abrazos, sonrisas. Pero no veo a Giovanni.

Aunque mi primer deseo es que se abra la tierra bajo mis pies y me trague, recuerdo que me dije que esto podía pasar y por ello tengo un plan. Tengo anotadas direcciones de pensiones que tienen buena pinta, una ruta turística y cosas que visitar, llevo también un mapa callejero, otro del metro y uno más para saber cómo alejarme del camino de la desesperación.

Me siento en un banco. «Bien —me digo—, respira tres veces, abre el bolso y saca el mapa y después ya tendrás tiempo para maldecirlo y pensar en lo tonta que eres y que siempre te pasa lo mismo y en que ya te lo habían dicho, y...

Una voz me dice:

—Ciao, bella.

Levanto la cabeza y a unos metros frente a mí está Giovanni. Con las manos metidas en su cazadora marrón y esa gorra de golf que tan bien le queda, mirándome con una media sonrisa pícara en la cara. Soy una estatua. Sólo le miro hasta que reacciono y puedo sonreírle, y él me guiña el ojo con un gesto de cabeza y abre sus brazos hacia mí.

Me tiemblan las manos y creo que él se ha dado cuenta porque me sujeta y las besa, coge mi maleta, salimos de la terminal y subimos a un taxi.

Giovanni no me suelta mientras me sonríe, así que pienso que es el momento adecuado para explicarle lo del mensajito.

- —Quería explicarte por qué te envié ese mensaje tan borde.
- —No. Nada de explicaciones —me dice—. Estás aquí. Es lo único que me importa.

Está siendo tan tóxicamente romántico para una chica de ciudad como yo, que no se cómo voy a resistirlo. Pero pienso que estoy en Roma, el lugar de mi película favorita y el sitio perfecto, con mi Gregory Peck particular.

El trayecto es largo y Giovanni me explica cosas del recorrido. Yo no puedo evitar mirar el cuentakilómetros. El importe del trayecto sube un dineral y sólo espero que Giovanni no me vaya a pedir la mitad. ¡Me he encontrado con tíos tan ratas y tacaños!

El taxista nos deja delante de un hotel. Giovanni paga.

Subimos directamente a la habitación.

- —Cámbiate de ropa —me pide Giovanni—. El abrigo que llevas irá bien pero ponte unos pantalones que estarás más cómoda.
 - —¿Cómoda para qué?
- —Tú confía en mí. Voy a salir. No tardaré mucho. Te hago una llamada perdida y bajas a la calle, donde te estaré esperando.
 - —Pero ¿adónde vas? Si acabamos de llegar.
 - -Es una sorpresa.

Dicho esto, me da un beso rápido y se va. Genial, después de los nervios que he pasado durante el vuelo y pensando que me había dejado tirada y sola en Roma, la única sorpresa que me apetece ahora era un polvo desestresante.

Deshago la maleta, cotilleo por la habitación, envío un par de mensajes de móvil y me pongo unos tejanos. Al cabo de un rato recibo la llamada de Giovanni y bajo a la calle, como él me indicó.

Allí está él, montado en una Vespa de color azul cielo, con el casco puesto y otro en el brazo. Me acerco alucinada.

- —¿Una moto?
- —Una Vespa.

Saca de su cazadora un pañuelo de rayas y me lo coloca alrededor del cuello.

—Vamos a hacer el mismo recorrido que los protagonistas de tu película favorita, *Vacaciones en Roma*, así que hoy serás mi Audrey Hepburn.

La emoción me sube por las piernas, me tiemblan las rodillas, tengo mariposas en el estómago, me estalla el corazón y doy saltitos y palmaditas como una niña pequeña. ¡Me siento como Dorothy en el *Mago de Oz*, flotando y girando en el aire mientras suena *Somewhere over the Rainbow*! Sólo que no pienso chocar los talones de mis zapatos rojos para volver a casa.

Giovanni saca un plano y una hoja llena de anotaciones.

Me pongo el casco, horrendo, por cierto, me subo detrás y me agarro fuerte a su cintura. La Vespa arranca y nos incorporamos a la circulación.

Éste es el recorrido que hacemos:

Primera parada: el Foro romano. El lugar en el que Gregory Peck encuentra a Audrey Hepburn acostada en uno de los bancos de piedra.

Después, la Vía Margutta n.º 51, la finca donde vivía el protagonista de la película.

Siguiente visita: las escalinatas de la plaza de España. Audrey descansa allí mientras se comía un helado.

Luego, la Fontana De Trevi; es ahí donde Gregory Peck intenta robar una cámara a una niña para poder hacerle una foto a la princesa, mientras ella se corta el pelo.

Luego vamos al Panteón, en la plaza junto al Caffé Rocca: en la película, los protagonistas se sientan allí para tomar champán, aunque el establecimiento ya no existe.

Luego a ver el Coliseo romano y la Boca de la Verdad, que está en el pórtico de la iglesia de Santa Maria in Cosmedin.

Después el puente Sant'Angelo, enfrente del castillo del mismo nombre. Allí había un embarcadero, que hacía de discoteca, al que los protagonistas de la película acuden a bailar. El embarcadero tampoco existe ya.

Finalmente el Palacio Colonna: allí la princesa da una rueda de prensa y ve por última vez a Gregory Peck.

Ir en Vespa por Roma ha sido una auténtica aventura y, sobrevivir al tráfico, un milagro.

Giovanni me deja en la entrada del hotel con la llave y él va a devolver la Vespa a la empresa de alquiler. Me ha dicho que me va a llevar a cenar a un sitio muy especial. Disfrutaremos de unas vistas estupendas de la ciudad y después iremos a bailar.

Quiero darme una ducha y ponerme bien guapa. Estoy tan emocionada y feliz que una ola de energía me recorre el cuerpo y a punto estoy de subir por la escalera, pero me lo pienso mejor, porque son cuatro pisos y quiero conservar fuerzas para la noche: mejor el ascensor.

Una vez en la habitación busco qué ponerme; he traído bastantes prendas pero ninguna me parece lo suficientemente especial. Creo que luciré mi vestido rojo, así que lo extiendo sobre la cama. Entonces llaman a la puerta. Me extraña, Giovanni no puede ser, no ha tenido tiempo de ir a devolver la moto. Abro la puerta y me encuentro con su esposa.

La mujer de Giovanni está aquí, sentada en su silla de ruedas y mirándome con expresión de odio. Me quedo paralizada. No sé qué decir. Por la forma en que me mira, de arriba a abajo, ella sabe quién soy y yo sé quién es ella. Lo primero que sale de su boca es una pregunta:

—¿Está mi marido?

Me quedo muda. Muda y petrificada como una estatua. Jamás he estado en una situación como ésta y no sé cómo reaccionar. Pero no hace falta que diga o haga nada. Ella lo tiene todo pensado. Sabe a lo que ha venido y, sin pedir permiso, entra en la habitación y yo tengo que apartarme de un salto para que no me golpee con la silla. Ella mira el lugar con cara de asco, se acerca a la cama, coge mi vestido rojo con las puntas de los dedos, lo mira con desprecio y lo deja caer al suelo como si fuera un trapo sucio. Yo sigo en el mismo lugar, junto a la puerta medio abierta, sin osar moverme.

—Vaya, veo que ya ha cambiado de chica —dice ella con desdén —. ¿Sabes que la otra era mucho más guapa que tú? Porque ha habido otras antes que tú, desde luego. Por lo visto se ha cansado de las rubias. Porque las últimas eran todas rubias. Y la anterior a ti era monísima, de ojos verdes y piel muy blanquita, Eva, creo recordar que se llamaba.

Trago saliva.

—Pero a Eva la llevó al otro hotel, el que está cerca del Coliseo —continúa—. Aquél es mucho más bonito que éste. Si te ha traído aquí es porque no le debes de gustar tanto, tanto como la otra, quiero decir. Supongo que guardas silencio porque estas pasmada ¿no? Sí, suele pasar. A las demás también les pasó. Todas engatusadas por el «bello italiano». Mi marido es muy bueno para unas cosas, pero tan sorprendentemente tonto para otras... Mira que traerte a un hotel donde ya ha traído a sus conquistas y que yo conozco. Supongo que no se espera que me presente aquí.

Ella, con mucha tranquilidad, se pasa un mechón de su pelo rubio por detrás de la oreja.

—Me llama cada noche que pasa fuera de casa —añade—. Supongo que para saber que me encuentro en Madrid. Pero no pensó que desviaría la llamada del número de casa al móvil. A eso me refiero cuando digo que es tonto.

Sin meditarlo, mis piernas se mueven y mi cuerpo se activa.

—Tengo que irme —le digo.

Cojo la maleta y tiro la ropa dentro.

—¿A ti qué te ha contado? —me dice—. ¿Que es de la Toscana o de Portofino, un encantador pueblecito pesquero?

Creo que me está dando un ataque de ansiedad.

—¿Qué historia te ha contado de mí? ¿La del accidente del que se siente culpable, por lo que no se atreve a dejarme, o la de la enfermedad degenerativa que está acabando con mi vida poco a poco?

Me cuesta respirar, me falta el aire y quiero salir corriendo.

—Me dais pena todas vosotras. Sois tan ilusas que os creéis todo lo que un tío que no conocéis absolutamente de nada os cuenta.

Me agacho para recoger mi vestido rojo del suelo pero una de las ruedas de la silla está sobre él. Ella me coge del brazo y me da un tirón para que la mire. Su expresión es de burla y de victoria.

- —No es de la Toscana, ni de Portofino, ni siquiera es italiano. Siento ganas de llorar.
- —Su abuela era italiana pero a él no le queda ni el apellido. Y yo —continúa— estoy en silla de ruedas desde que tengo ocho años. La única razón por la que no me deja es porque sin mí no podría mantener su nivel de vida.
 - —Y tú ¿por qué aguantas esto? —le pregunto.
 - —Mírame —me dice—. Él es lo máximo a lo que puedo aspirar.

Ella mira por encima de mi hombro, hay alguien detrás de mí. Me vuelvo y veo a Giovanni junto a la puerta.

Está pálido y paralizado, y nos mira alternativamente a su mujer a mí y como si fuera imposible que ambas tuviéramos cabida en el mismo mundo.

—Hola, cariño —le saluda su mujer con una amplia sonrisa en los labios. Una sonrisa de «Te he pillado otra vez».

Giovanni se va directamente hacia ella y recorre el pequeño trecho que los separa en un segundo, pasando junto a mí como un animal a punto de saltar sobre su presa. Pero, justo delante de ella se detiene y la mira desde su altura sin inclinarse.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunta con un tono de voz que desconocía en él.

—Eso te lo tendría que preguntar yo. Pero ya sé la respuesta.

Yo sigo aquí plantada, con mi maleta a medio cerrar como si fuera la espectadora de una película.

- —Se acabó —dice Giovanni, negando con las manos—. No soporto más vivir a escondidas, vivir así. La quiero a ella —añade señalándome con el dedo—. Y quiero el divorcio.
 - —Muy bien —contesta su mujer sin inmutarse.

Lo dice con la misma sonrisa en la cara pero más triunfal. Entonces coge su bolso, que cuelga de un lateral de la silla de ruedas, lo pone sobre sus piernas, lo abre y saca un sobre grande que le ofrece a Giovanni. Él lo mira sorprendido.

- —¿Qué es esto? —pregunta cogiéndolo.
- —Lo que quieres. Los papeles del divorcio.

La expresión de Giovanni cambia y yo siento una enorme emoción y alegría, pienso que no va ser tan malo que la mujer se haya presentado hoy aquí y nos haya pillado.

- —Esto no te lo esperabas, ¿eh? Ya está todo preparado. Puedes firmar ahora si quieres. Mañana mismo cesarás en la empresa.
 - —La empresa me da igual.
 - «Sí —pienso—, éste es mi chico.»
- —¿Te da igual? —dice ella—. Eso ya lo veremos cuando no puedas pagarte tus viajecitos, tus trajes, tus buenos vinos y restaurantes. Cuando seas uno más de los cuatro millones de parados que hay en España y empieces a buscar un piso en Vallecas o en Lavapiés, porque al piso de Salamanca no vuelves, ya me encargo yo de que mis asistentes saquen tus cosas esta misma noche.

Pronto me doy cuenta de que la expresión de Giovanni cambia y se convierte en una mueca de terror después de escuchar las palabras de su mujer. Toda su seguridad y aplomo han desaparecido y continúa allí plantado con el sobre en la mano.

Su aún esposa vuelve a buscar en el bolso, saca un bolígrafo y se lo ofrece. Él lo mira, y luego a mí. El tiempo se congela. Todo se mantiene como suspendido. Paralizado. Dejo de respirar. Espero que coja el bolígrafo, que abra el sobre y firme los puñeteros papeles. Pero no hace nada de eso y se limita a dejar caer los brazos a los lados, en señal de derrota. Luego mira al suelo como un niño al que han pillado haciendo una travesura.

Su mujer no cambia de expresión, sigue con esa misma sonrisa triunfal como si supiera de antemano lo que iba a suceder.

—Venga, arréglate —le ordena ella—. Ponte el traje azul, la camisa blanca y esa corbata tornasolada que tanto me gusta. Esta noche quiero ir a cenar al Mirabelle.

De mi boca intenta salir una frase suplicante. Una frase que le haga reaccionar y comportarse como un hombre, pero sólo puedo decir:

—Giovanni...

Él sigue allí plantado sin moverse y sin ni siquiera mirarme.

—Éste es el final de tu cuento, princesa —me dice ella.

Giovanni se vuelve y me da la espalda completamente. Una explosión en mi estómago hace que sienta que voy a perder el control, a desmayarme o a llorar descontroladamente por la humillación que siento. Los latidos de mi corazón azotan mi sien y tengo la boca seca. Su mujer me clava la mirada; Giovanni me la niega. Y en un último intento por salvar mi dignidad, cojo aire, echo los hombros hacia atrás y levanto la cabeza. Ya sólo puedo hacer una cosa: marcharme.

Paso la noche en el aeropuerto y el domingo por la mañana me quedo todo el tiempo sentada en un banco, con las gafas de sol puestas y la maleta a un lado, viendo a la gente pasar. No cené la noche anterior y hoy no he desayunado. Lo único que soy capaz de hacer es dejar pasar las horas hasta que llegue el momento de coger mi avión de vuelta a Barcelona.

Los días pasan y también sus horas, minutos y segundos, que cada vez son más amargos. Pero sé que esto es como el sarampión,

no hay medicación para curarlo, simplemente se tiene que pasar.

Han transcurridos días desde que volví de Roma y Giovanni no ha dado señales de vida. Ni un mensaje de arrepentimiento suplicándome que le perdone, ni una carta, ni una llamada. Este silencio me mata. La agonía se apodera de mí cada noche y no me deja dormir. He adelgazado cuatro kilos en una semana y parezco una viuda desconsolada. Mis amigas están preocupadas e intentan animarme y están pendientes de mí a todas horas. Me llaman, me sacan a pasear, aparecen por casa con comida. Hasta la insoportable de mi vecina se ha preocupado sinceramente por mí y después de verme la cara de amargada la última vez que le llevé la cena, me ha dejado una nota diciendo que iba a estar unos días fuera y que ya me avisará cuando vuelva. ¿Casualidad o causalidad?

No hago más que ver señales por todas partes. Una canción de Mecano en la radio: «Me cuesta tanto olvidarte... Un anuncio en una valla publicitaria sobre no se qué electrodoméstico: «No podrás vivir sin él...». Una pegatina ridícula en un coche con la frase «Amo Italia...».

Se acabó, tengo que sobrevivir a esto. Entonces viene a mi cabeza una canción de Mónica Naranjo que siempre me ha encantado. Enciendo el ordenador y la busco en YouTube. Pongo los altavoces a todo volumen y empieza a sonar la música: «Tengo el ansia de la juventud, tengo miedo, lo mismo que tú y cada amanecer me derrumbo al ver la puta realidad, no hay en el mundo, no, nadie más frágil que yo... Sobreviviré, buscaré un hogar entre los escombros de mi soledad. Paraíso extraño, donde no estás tú, y aunque duela quiero libertad, aunque me haga daño...». La escucho una y otra vez mientras me arrastro por toda la casa, del sofá a la cocina, de la ventana a la cama, del balcón al suelo para pasarme horas mirando el techo. Creo que se acabó «La abeja Maya».

Ester y Sandra vienen a buscarme en coche.

- —¿Adónde vamos?
- —Es una sorpresa —responde Ester.
- —¿Buena o mala? —pregunto con preocupación.

- —¿Tú qué crees? —añade Sandra desde el asiento del conductor.
- —Vale, haré de nuevo la pregunta —les digo—. ¿Es bueno para mí?
 - —Hoy te vas a dar cuenta de muchas cosas —contesta Ester.
- —No me llevaréis a algún rollo budista o algo así, ¿no? Porque ya tengo bastante con la colgada de mi vecina.
- —Es algo mucho más simple —puntualiza Sandra—. Vas a saltar en paracaídas.
 - -Sandra, ¿eso es ser sutil?
 - —Es para que se vaya haciendo a la idea.
 - —Estáis locas. No pienso saltar en paracaídas —replico.
- —Tienes que hacerlo —responde Ester acariciándome el pelo de forma maternal.
 - —Dame sólo una razón convincente y lo haré.
 - —Sobrevivir —dice Ester sonriéndome.
- —Ya estoy sobreviviendo —constesto sin darme cuenta de la seriedad de mi expresión.
- —No, cariño. Estás malviviendo desde que volviste de Italia hasta el día de hoy, que tienes la oportunidad de cambiar eso y hacer un punto y aparte en tu vida —dice Sandra.
- —No sé cómo saltar desde una avioneta va a hacer un punto y aparte en mi vida.
 - —Lo hará —añade Ester—. A mí me sirvió.
 - —Y a mí —continúa Sandra.
- —Venga ya, ahora resulta que las dos habéis saltado en paracaídas.
- —En serio —dice Sandra—. Tienes que hacerlo y luego verás las cosas de otra manera, te lo prometo.
- —Lo siento, chicas, pero no pienso hacerlo —contesto, recostándome sobre el asiento y cerrando los ojos.

Lo siguiente que hago es escuchar, junto con otras personas que también van a saltar, las instrucciones de Jordi, uno de los instructores.

—Los saltos se realizarán a unos cuatro mil metros de altura, y durante la caída libre, es decir, hasta que el instructor abra el paracaídas unos treinta segundos después, se alcanzan los doscientos kilómetros por hora de velocidad. Entonces se realiza un descenso de unos siete minutos en el que disfrutaréis de las vistas antes de aterrizar.

Lo explica como si fuera lo más sencillo del mundo. Luego nos da instrucciones de lo que tenemos y lo que no tenemos que hacer.

Oigo el ruido de la avioneta que se acerca por la pista. Es azul y blanca y tiene dos hélices delanteras pegadas a las alas. Me pongo más nerviosa de lo que ya estoy porque el cacharro no es muy grande y me parece tan seguro como una bicicleta.

Vamos subiendo uno a uno y nos sentamos en un pequeño banco, de forma que quedo de espaldas a las ventanillas. Mejor, así no podré ver que me despego cientos de metros del suelo. Uno de los instructores cierra la puerta con un golpe seco y la avioneta empieza a coger velocidad por la pista. El cacharro hace el mismo ruido que si estuvieras haciendo una mayonesa con la batidora pero multiplicado por mil.

Entre las cabezas de los compañeros sentados frente a mí, puedo ver, por las ventanillas, el exterior y cómo cogemos velocidad y cómo, rápidamente, nos despegamos del suelo, y va abriéndose un enorme marco donde veo coches, carreteras, casas, campo y mar. Miro las caras de mis acompañantes y veo cómo se esfuerzan por sonreír. Alguien comenta algo sobre que volamos a cuatro mil metros de altura.

Todos estamos muertos de miedo, apretaditos como sardinas en lata dentro de la avioneta. Ha llegado el momento y mi instructor me hace una señal para que me siente sobre él y pueda enganchar mi arnés al suyo, vamos sujetos por los hombros y la cadera. Me coloco las gafas protectoras y respiro profundamente.

- —No quiero hacer esto —le digo al instructor.
- —Lo sé —responde él.
- -Entonces, ¿lo dejamos?

-No.

El instructor me empuja hacia la puerta.

- —Pero es que me he arrepentido. No quiero saltar.
- —Ya te dije que el único lugar donde te podías arrepentir era antes de subir a la avioneta. Aquí esa palabra no existe.
- —¡Joder! Pero es que no quiero saltar, estoy temblando de miedo.
 - —Puedes hacerlo.

Otro instructor abre la puerta y entonces veo que volamos por encima de algunas nubes. De repente el desengaño de Giovanni ha desaparecido de mi mente y sólo me preocupa no morir en los próximos minutos.

Si me ataran unas maracas a las rodillas parecería Machín. Me tiembla todo el cuerpo y siento la boca seca.

El instructor me empuja hacia el vacío y yo intento resistirme pero es inútil, caemos. La impresión es tan brutal que no puedo gritar. La presión del aire comprime mi cara y creo que no voy a poder respirar. Jordi, el instructor, coge mis brazos y los estira a los lados y me hace una señal levantando el pulgar. Yo sólo pienso que voy a morir. Caemos a una velocidad impresionante y, al poco tiempo, el instructor me hace otra señal para que cruce los brazos y eso significa que va a abrir el paracaídas. Siento un frenazo, como si tirasen de mí hacia arriba. Ahora caemos a mucha menos velocidad, pero, de todas maneras, todavía estamos a muchos metros sobre el suelo. Realmente las vistas son preciosas y toda la grandeza que tengo ante mí me emociona.

El descenso acaba rápido y aterrizamos suavemente, aunque a mí las piernas no me aguantan. Enseguida vienen hacia mí mis amigas, aplaudiendo. El instructor suelta los arneses y yo me abrazo a Ester. Nunca antes había sentido tanta alegría de estar viva, así que me agacho y beso el suelo.

—¿A que ahora lo malo no parece tan malo? —dice Sandra—. ¿No es genial estar viva? Amanece. Estoy mirando el mar, sentada sobre un muro de cemento que separa el aparcamiento de coches de la playa Mar Bella de la arena. No hace frío, sólo una ligera brisa matinal y algunas gaviotas sobrevuelan el cielo. A lo lejos, un transatlántico acaba de salir del puerto. Ahí dentro deben de ir miles de sueños e ilusiones que durante una semana se van a hacer realidad. Es un crucero de esos de «diversión garantizada», sobre todo si vas en pareja. Hay una frente a mí, abrazados en la playa. Son como una pesadilla, están por todas partes, mires donde mires hay una, es como si alguien las pusiera ahí sólo para recordarte que tú no tienes a nadie, que estás sola, que una vez más, la historia salió mal.

Pero hoy me siento diferente. No voy a decir que he resurgido de mis cenizas, ni que me he encontrado a misma, ni que he conectado con mi yo superior, ni en broma. Simplemente hoy me siento bien, tranquila, relajada y contenta por mantenerme firme y no humillarme llamando a Giovanni para suplicarle un poquito de amor.

No sé si mañana me sentiré igual o si esta tarde conseguiré mantenerme firme o si la semana que viene las cosas irán mejor. Estoy intentando dejar el mal vicio de darle tantas vueltas a las cosas porque, pase lo que pase y piense lo que piense, sólo hay una cosa segura que me consuela y es que siempre amanece.

Como en el final de *Casablanca*, creo que éste puede ser el principio de una gran amistad... conmigo misma.

* * *

•

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Angie garcía

Angie García López nació en Barcelona en 1972, estudió Diseño de Moda y Asesoría de Imagen Personal. Escribe por afición desde los nueve años y ésta es su primera novela.

Buscando novio sin morir en el intento

Lola, una chica de treinta y tres años, está harta de ver que sus amigas se casan y tienen hijos. Ella jamás ha conseguido que sus relaciones vayan a ninguna parte, por lo que decide apuntarse a una agencia matrimonial y a varias páginas de encuentros por internet, e incluso va a reuniones de singles, pero nada sale como esperaba. Los candidatos tienen siempre un defecto u otro y las citas son un desastre.

Cuando está a punto de caer en la desesperación, conoce a un italiano, Giovanni. Es encantador y la hace sentir bien. Sabe que probablemente es un seductor, pero después de lo que se ha encontrado por el mundo, dicha posibilidad le resulta aún más atractiva.

Sin embargo, lo que en principio es una aventura para recordar acabará convirtiéndose en una mala experiencia que sumirá a Lola en una depresión, de la que sólo logrará salir con la ayuda de sus amigas.

* * *

Notas

«Duerme, duerme, oh, / ¿este niño a quién se lo doy? / Se lo doy a la Befana, / y se lo queda una semana. / Se lo doy al hombre negro, / y se lo queda un año entero. / Duerme, duerme, duerme, oh, / este niño me lo quedo yo.»<<